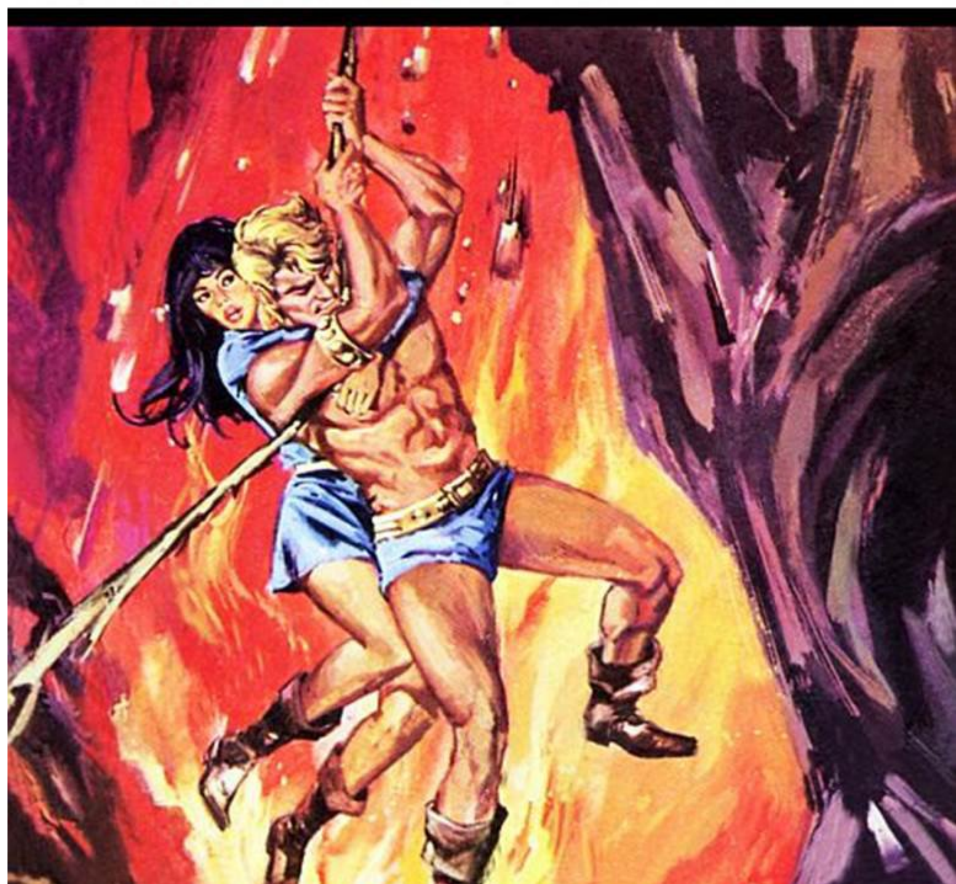
BOLSILIBROS
BRUGUERA
CIENCIA
FICCION
SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

PROSCRITOS DE LA GALAXIA

CLARK CARRADOS

CIENCIA FICCION



PROSCRITOS DE LA GALAXIA

Título Original: *Proscritos De La Galaxia*

Colección: La Conquista Del Espacio 213
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.72

CAPÍTULO I

El animal corría sin cansarse y parecía que seguiría corriendo hasta el fin de su existencia. Cómodamente encajadas las piernas en el peludo lomo del «octo», Fran Villord, sin embargo, no estaba tan tranquilo como indicaba su apariencia, caso de que alguno hubiera podido verle en aquellos momentos.

De cuando en cuando, Fran volvía la cabeza. El páramo helado, en el que reinaban bajísimas temperaturas, aparecía desierto, pero él sabía que estaban allí, siguiendo sus huellas, Rxómini y su banda de capturadores, dispuestos a echarle el guante y a devolverle al lugar del que se había escapado, por cuya acción recibirían mil monedas de oro, mil «áureos», una suma capaz de tentar al más flemático.

Lo malo es que la recompensa se pagaría por un hombre vivo o muerto y Rxómini y los suyos no acostumbraban a devolver hombres vivos.

Fran estaba bien abrigado, con un traje de una sola pieza, forrado interiormente de pieles, con capucha, aparte del traje interior de tejido elástico, símil lana, igualmente de una sola pieza. Con la capucha y la máscara transparente para protegerse el rostro del viento desplazado en la marcha, no necesitaba más. Podía haberse apropiado de un traje con dispositivo calefactor, pero en aquella tundra donde no había plantas ni animales, era un riesgo demasiado grande: si la batería se agotaba, en menos de una hora se quedaría tieso como un carámbano.

El traje de pieles obviaba estos inconvenientes. A fin de cuentas era piel de «octo», la más cálida y confortable que se podía encontrar, no sólo en Than-Bisson, en donde se encontraba en aquellos momentos, sino en doscientos años luz a la redonda.

El «octo» seguía moviendo incansablemente sus ocho patas. Era un animal de forma extraña, el único que podía sobrevivir en aquellos

helados páramos, incluso en lo más crudo del invierno thanbissoniano… y sólo estaban a principios del otoño. Pero la baja barométrica era perceptible y amenazaba ventisca.

Lo malo era que el «octo» resultaba un animal de bastante envergadura y sus huellas quedaban impresas en la nieve con la suficiente claridad para que fueran fácilmente apreciadas por los rastreadores. Pero era algo que Fran Villord no podía evitar.

El lomo del «octo» se acomodaba fácilmente a la anatomía de su jinete, cualquiera que fuese la raza espacial a la que perteneciese. Por ello, Fran no necesitaba silla, ni siquiera riendas; con la voz le bastaba para guiar al animal. Detrás de sí y en un hueco que el mismo «octo» había hecho, llevaba un paquete con algunos víveres y dos mantas.

Fran no tenía armas de fuego, ni neurónicas, ni disgregadoras ni de ninguna otra clase, salvo un cuchillo de veinte centímetros de hoja que había podido atrapar en el momento de la escapatoria. También llevaba consigo la larga cuerda, más de cincuenta metros, que le había servido para descolgarse por los muros de la terrible prisión de Than-Bisson. Le había parecido un derroche abandonar aquel posible útil elemento.

Las patas del «octo», cabeza de perro y cuerpo que hubiera parecido el de un caballo, a no ser, precisamente, por aquella cualidad morfológica, se movían rítmicamente: primera y tercera de la izquierda; segunda y cuarta de la derecha; segunda y cuarta izquierda y primera y tercera derechas. Era un movimiento enloquecedor de extremidades, que no se podía contemplar durante mucho rato, sin sentir mareos. Claro que ello no sucedía cuando se viajaba a lomos de un animal como aquél, cuya altura alcanzaba casi los dos metros, del suelo a la cruz, y cuya longitud, del morro a la cortísima cola, alcanzaba holgadamente los cinco metros.

Un par de copos de nieve bailaron de pronto ante sus ojos. Fran arrugó el entrecejo. Las cosas se ponían feas: la ventisca era inminente.

El «octo» seguía galopando con una velocidad rítmica, sostenida desde el primer momento, de unos cincuenta y cinco kilómetros por hora. Fran sabía que, en caso necesario, podría hacerle llegar a los noventa, pero no quería agotar al animal. Galopando entre cincuenta y sesenta kilómetros por hora, un «octo» podía resistir treinta y seis horas seguidas, sin parar, antes de dar los primeros síntomas de cansancio.

Una vez más, volvió la cabeza. Ahora le pareció distinguir muy a lo lejos siete u ocho puntitos negros. La banda de Rxómini no se componía de menos gente, pero su ventaja era que tenían que montar dos en cada

«octo», lo que, a la larga, aumentaba sus posibilidades de victoria.

De repente, al enfrentarse de nuevo con el aterrador paisaje del páramo helado, vio la silueta de una persona a menos de cien pasos de distancia.

Aquella persona agitó una mano y gritó:

—¡Eh, párese, amigo! ¡Estoy perdida!

Fran respingó. Lo que menos podía soñar era encontrarse en aquellas circunstancias y en semejantes parajes con una mujer.

* * *

Fran emitió un par de silbidos de distintas tonalidades y el «octo» resbaló sobre sus patas para frenar, levantando una gran polvareda blanca. Ella corrió ansiosamente hacia el fugitivo.

—¿Puede llevarme? —preguntó—. Estoy perdida sin víveres…

Fran la miró largamente.

—¿Quién es usted? —quiso saber—. ¿Qué hace aquí?

—Me llamo Zina de Kyx —contestó ella. Era joven, hermosa, de rostro marfileño y pelo intensamente negro. También vestía traje de pieles de una sola pieza, con la correspondiente capucha y gafas protectoras—. Era la dueña de…

—Conozco su nombre, señora —dijo Fran—, aunque no haya estado nunca en su estación sideral.

—Me la quitaron y me trajeron aquí, para que muriese de frío y hambre —declaró ella—. ¿Adónde se dirige usted?

Fran rio agriamente.

—¿Ha oído hablar alguna vez de Rxómini y de su banda de capturadores?

Zina se sobresaltó.

—Usted es un…

—Sí, un fugitivo de la prisión sideral. De modo que, si no le molesta mi compañía, si no teme encontrarse con esos asesinos, puede montar en el «octo» y correr mi misma suerte. Si me salvo, se salvará usted: si me alcanzan… yo moriré y usted servirá… ¿Se imagina lo que le harán esos salvajes antes de rebanarle el pescuezo?

Los grandes y rasgados ojos de Zina, de verdosas pupilas, despidieron un destello de resolución.

—Cualesquiera que sean sus crímenes, señor, le prefiero a usted mil veces antes que a Rxómini y a sus «legales» forajidos —declaró.

Fran rio, a la vez que alargaba una mano.

—Suba, Zina —dijo—. Mi nombre es Fran Villord. La calificación humana es de asesino.

Zina saltó ágilmente a la grupa del «octo», que se acomodó instantáneamente a su anatomía. Fran silbó y el caballo de ocho patas reanudó su veloz galope.

—¡Vamos a tener una fuerte ventisca! —gritó ella, a poco de reanudar la marcha—. Eso borrará las huellas de la cabalgadura y despistará a nuestros perseguidores.

—No lo crea —contestó Fran—. Acabarán por encontrarme, si antes no consigo despistarles de otro modo. Los «octos» tienen un superolfato y serían capaces de rastrear mi olor a dos mil kilómetros de distancia.

—Entonces… ¿no tenemos escapatoria?

—Nuestra única solución consiste en fatigar a sus cabalgaduras. Ellos montan por parejas, son bastante pesados y, además, llevan armas y equipo de acampada. A la larga, eso resiente las fuerzas de un animal, aunque sea tan resistente como un «octo»

Caían más copos de nieve. El horizonte estaba cerrado por todas partes en la llanura infinita.

Fran se volvió un par de veces más. La nieve impedía ver más allá de mil o mil quinientos metros de distancia. Pero estaba seguro de que Rxómini y los suyos se hallaban a doce o catorce kilómetros, siguiéndole implacables, tenazmente feroces, dispuestos a cobrar los mil «áureos» que se ofrecían por la cabeza de todo fugitivo de la penitenciaría sideral.

La ventisca se desencadenó casi bruscamente. Fran comprendió que ni un par de toneladas de oro harían que Rxómini y su banda siguieran adelante.

—Hemos de acampar —gritó, para hacerse oír sobre los silbidos del viento.

—¿Dispone usted de tienda? —preguntó la joven.

—No, aunque sí tendremos el mejor abrigo que se puede soñar en estas circunstancias.

Silbó y el «octo» se detuvo a los pocos metros. Luego saltó al suelo.

—Venga, Zina —llamó, a la vez que, arrodillado, empezaba a escarbar en la nieve del suelo con las manos.

Ella le imitó, aunque no pudo contener su curiosidad:

—¿Qué es lo que va a hacer, Fran?

—Cavar un hueco lo suficientemente amplio para contenernos a los

dos —respondió él.

En pocos minutos estuvo dispuesto el hoyo, de unos dos metros de largo por uno y medio de ancho. Acto seguido, Fran extendió las mantas en el fondo. Tomó su bolsa con los víveres y sacó una lata de alimento compuesto, cuyo contenido, a presión, fue a parar a la boca del «octo».

Zina contemplaba las operaciones llena de curiosidad. Cuando terminó, se tendió en el suelo.

—Venga aquí —llamó.

Zina titubeó.

—Vamos, no sea mojigata —le apostrofó él—. Es la única posibilidad que tenemos de salir con vida.

La joven se decidió al fin. Fran silbó y el «octo» se acomodó sobre ellos, cuidando de no dañarles con su pecho y vientre. Las piernas se doblaron convenientemente y el cuerpo del animal quedó a un par de centímetros de los cuerpos de Fran y Zina.

La separación entre las patas era prácticamente nula en aquella postura. Sólo quedaban unas minúsculas rendijas que permitían el paso del aire respirable e impedían, en cambio, que la nieve llegase a aquel confortable refugio.

—¿Y el animal? —preguntó Zina, aprensiva.

—Le he dado una ración de alimento condensado, equivalente a cuatro comidas de las suyas —explicó Fran—. El «octo» es el único ser que puede vivir en estas soledades, incluso con las bajísimas temperaturas invernales, que, en ocasiones, rebasan los ciento diez negativos.

—¡Ciento diez bajo cero! —se asombró ella.

—Sí, pero no tema, sólo estamos en el otoño y, por las noches, el termómetro no pasará más allá de cuarenta bajo cero —dijo Fran, sonriendo bajo el peludo abrigo del vientre del «octo».

CAPÍTULO II

La ventisca se desencadenaba en toda su intensidad. Aullaba el viento y la nieve caía por todas partes. En la inmensa llanura, el bulto del «octo» cubierto enteramente, resultaba invisible.

Debajo del peludo animal, Fran y Zina conversaban apaciblemente, sin sentir en absoluto el terrible frío del exterior.

—Me siento pasmada —confesó ella—. ¿Quién le dijo que se podía sobrevivir de esta manera?

—Tengo experiencia —respondió Fran escuetamente.

—La suficiente como para haberse escapado de la prisión sideral. Nadie lo consigue, se dice.

—Algunos sí lo consiguen. Yo por ejemplo.

—Ayudado por alguien en el exterior.

—Claro —rio Fran—. A cambio de cinco mil «áureos». Me preparó un «octo» domesticado, previamente entrenado para mi voz y mis silbidos, una bolsa de comida para ambos, dos mantas, una cuerda de cincuenta metros… y una superlima para cortar los barrotes de mi celda.

—Pero en la prisión no podría tener tanto dinero…

—Ellos no me quitaron todo el que poseía, Zina.

—A ver, explíquese —dijo ella—. Oh, a lo mejor le parezco muy curiosa…

Fran volvió a reír.

—Maté a un oficial de la guardia del Megaduque. El juez no tuvo en cuenta mis alegatos defensivos. Por tanto, me condenó a cadena perpetua en la cárcel de Than-Bisson. Además, me confiscaron todos mis bienes, astronave incluida, excepto la cuenta corriente cifrada que tengo en un Banco de Hulthan. Lo hubieran hecho, pero eso habría significado

tanto como romper el sistema comercial de Hulthan y los planetas de su sistema. Pero, aun así, lo que me quitaron vale unos cuantos millones de «áureos».

—Y usted…

—Sí, un guardián de la cárcel se dejó convencer por quinientos «áureos», el doble de lo que gana en un año. Él me puso en contacto con el especialista, a quien firmé un cheque por cinco mil. El resto ya lo sabe usted.

—Incluido lo de su persecución —dijo Zina.

—Había que contar con ello. Los Rxómini viven en el poblado contiguo a la penitenciaría. Prácticamente, son los dueños de los pocos negocios que hay allí. Ya sabe, siempre viene gente a visitar a los familiares presos. Los visitantes necesitan comida, alojamiento; compran obsequios para los presos… Los Rxómini viven de ello.

—Y de capturar a los fugitivos.

—Es su obligación, dado que por dicha razón se les hizo la concesión del poblado. Claro, también cobran mil «áureos» por cada fugitivo capturado, aunque no lo devuelvan vivo.

Zina se estremeció.

—Y usted no piensa volver a la prisión —dijo.

—No. Pero hablemos de usted. ¿Qué le sucede? ¿Por qué apareció tan repentinamente en el páramo?

—Su nombre me suena como comerciante del espacio, Fran. Pero nunca le vi en *La Sirena Cósmica*.

—Ah, sí, antes dijo que usted era la dueña de ese…

—El nombre oficial es estación de aprovisionamiento espacial —dijo Zina, muy rígida.

—Por supuesto, pero un astronauta, harto de viajar encerrado en su nave durante meses, puede encontrar en *La Sirena*, además de pertrechos, toda clase de diversiones.

—Yo no inventé el negocio. Me limité a comprarlo, hace año y medio. Y tenía que seguir con él tal como funcionaba o los astronautas se hubieran hecho clientes de otras estaciones espaciales.

—Entiendo. Pero alguien la desposeyó…

—Se llama Lon Khazhan.

—Un pirata —sonrió Fran.

—¿Lo conoce usted?

—Demasiado bien. Pero sigamos. ¿Qué le pasó con Khazhan?

—Yo le gustaba. Él no me gustaba a mí en absoluto. Khazhan quería vivir sin trabajar, con una mujer hermosa al lado. En vista de que no conseguía sus propósitos, pensó que yo no era la única mujer de la Galaxia, pero que, en cambio, negocios como *La Sirena Cósmica* había pocos. Cuando me di cuenta, estaba en la superficie de Than-Bisson, sin más que lo puesto. Oh —exclamó Zina amargamente—, Khazhan fue muy considerado. No me mató con sus propias manos; pensaba que me moriría de frío y de hambre.

—Un plan ideal —sonrió Fran—. Pero ahora está salvada…

El viento rugió en el exterior.

—¿Usted cree? —dijo Zina, escéptica.

—Sí, nos salvaremos. Usted conseguirá recobrar su negocio y yo la revisión de mi proceso. Si puedo hablar con el Megaduque…

—Lo dudo mucho, Fran.

—¿Por qué?

—El Megaduque murió hace siete meses. ¿Es que no lo sabía?

Fran se quedó pensativo unos instantes.

—Las noticias no llegan con demasiada frecuencia a los condenados en la prisión sideral —dijo al cabo—. Y yo estaba sometido al preceptivo aislamiento de un año, sin comunicarme con nadie, excepto con mis guardianes, ninguno de los cuales se molestó en decirme lo ocurrido. Lo siento de veras; Hardikus y yo éramos buenos amigos.

—Ahora gobierna su viuda, la Megaduquesa…, si gobierno se puede llamar a lo que hace desde que asumió la jefatura del Estado planetario. No hay memoria de que haya habido persona tan cruel y despiadada, como Ophyria.

—Es extraño —musitó Fran—. Conocí también a Ophyria y me pareció, aparte de muy hermosa, buena y sensata. ¿Qué la ha hecho cambiar?

Zina se encogió de hombros.

—No lo sé. Las cosas son así y de este modo pueden prosperar los hombres como Khazhan, como Omur Yildon, el primer ministro de Ophyria…, y como los Rxómini.

—Los Rxómini ya existían en vida del Megaduque —suspiró Fran—. Pero él hubiera podido cambiar muchas cosas malas del sistema. En fin, Zina, por el momento, preocupémonos solamente de nuestra propia supervivencia.

—Sí, tiene razón —convino ella tristemente—. Lo primero de todo es sobrevivir.

La ventisca aullaba en el exterior. Fran golpeó ligeramente hacia arriba y el «octo» encogió un poco el vientre. Así pudieron disponer de algún espacio para comer un poco de pasta alimenticia condensada, que envió calorías a sus cuerpos.

* * *

Casi doce horas más tarde, escarbó con las manos en la nieve y salió al exterior.

—Podemos seguir, Zina —dijo.

Ella gateó por debajo del «octo». Asombrada, se dio cuenta de que el animal era un montón de nieve solamente.

—Está muerto —gritó.

—Nada de eso —rio Fran. Lanzó un par de silbidos, modulados de un modo especial, y el «octo» se levantó, sacudiéndose con fuerza la nieve.

Zina chilló cuando una lluvia de copos blancos le cayó encima. Fran reía, divertido.

Recogió las mantas y la bolsa de comida.

—El tiempo ha mejorado considerablemente —dijo—. Los Rxómini lo habrán notado también y estarán desperezándose.

El contenido de otro tubo de pasta fue a parar a la boca del «octo», que ronroneó agradecido. Momentos después, reanudaban la marcha.

—El metabolismo del «octo» le permite resistir impunemente las más bajas temperaturas —explicó Fran, mientras el animal se movía a sesenta kilómetros por hora—. Si necesitaba agua, la tomó de la nieve. En cuanto a comida, yo le he suministrado la que precisaba, pero puede pasarse ocho días en ayunas antes de empezar a perder fuerzas.

—Vamos, una verdadera joya —comentó Zina.

Fran se volvió para mirar hacia atrás. Sus facciones se contrajeron súbitamente.

—Ahí los tenemos —dijo—. A menos de diez kilómetros.

Zina se estremeció.

—¿Son tan malos como usted dice? —preguntó.

—Peores de lo que se pueda imaginar —contestó él sombríamente.

Silbó y el «octo» aceleró su velocidad. Pero había podido darse cuenta de que sus perseguidores estaban apurando al máximo las fuerzas de sus monturas.

—¿Por qué le siguen tantos? —preguntó ella—. Un par de hombres,

supongo, serían suficientes…

—Todos quieren tomar parte en la cacería. Y en el botín.

De repente, algo cortó la llanura de un modo brusco.

Zina lanzó un grito. El «octo» frenó sin necesidad de órdenes silbadas.

Fran torció el gesto. Delante de ellos se abría un profundísimo terraplén, de más de doscientos metros, al final de la cual se divisaba una anchurosa corriente de agua, que no medía menos de tres kilómetros de orilla a orilla.

—¡El Gran Río! ¡Estamos perdidos! —gritó Zina.

—No. Aguarde —dijo él.

Volvió a silbar y el «octo» inició el descenso, dejándose resbalar por la nieve en muchas ocasiones. Asombrada, Zina observó las nubes de vapor que se desprendían de la superficie líquida.

—¿Qué sucede, Fran? ¿Por qué ese humo?

—El rio debería estar helado, pero no es así. En este sector abundan extraordinariamente los manantiales de agua caliente. El agua, por tanto, alcanza una temperatura media de dieciocho a veinte grados.

—En los demás tramos se hiela, ¿no es así?

—En efecto, pero los manantiales brotan en una longitud de más de cuarenta kilómetros, lo que permite…

Fran se interrumpió de pronto. Con la mano señalaba algo que sobresalía de la relativa lisura del borde.

—Mi amigo ha sabido portarse como tal —comentó—. ¿Ha navegado usted en alguna embarcación a vela, Zina?

—No. Sólo he visto películas, grabados…

—Ahora tendrá ocasión de saber prácticamente qué es la navegación a vela.

Fran silbó y el «octo» se detuvo. Atónita, Zina divisó, amarrada a la orilla, una gran barca con su mástil tendido y la vela plegada. Fran se aplicó a quitar la nieve inmediatamente, tarea en la que ella colaboró sin regatear esfuerzos.

Momentos más tarde, el mástil estaba encajado en la carlinga. Fran desplegó la vela. Silbó para que el «octo» pasara a bordo y cortó la amarra de un solo tajo.

Soplaba una fresca brisa que impulsó a la embarcación con cierta rapidez. Una vez en franquía, el fugitivo se volvió hacia su bella acompañante:

—En la estación del buen tiempo, los pescadores abundan aquí —explicó.

—Comprendo —sonrió Zina.

—El «octo» se desenvuelve mal en el agua. Puede sobrevivir, por supuesto, pero su estructura externa es para terreno sólido. El exceso de vello le hace ser mal nadador.

—Entonces, sus perseguidores…

Fran se encogió de hombros.

—Sigo alejándome de ellos, es todo lo que puede decirle —contestó. Y añadió—: Por ahora.

CAPÍTULO III

Cuando se hallaban a unos mil quinientos metros, divisaron a sus perseguidores entre las brumas.

Rxómini y su banda hicieron que los «octos» se lanzaran al agua de inmediato. Fran mascculló algo entre dientes.

—No les importa agotar a los animales —dijo—. El «octo» es tremendamente dócil; es una ventaja para su jinete… pero ahora representa una desventaja para nosotros.

La velocidad de la barca y de los «octos» era sensiblemente igual; alrededor de diez kilómetros por hora. Pero Fran se sentía pesimista, porque, precisamente, poner la embarcación en estado de navegar había hecho que la distancia se redujese hasta los mil quinientos metros.

—De todas formas, les ganaremos ventaja al desembarcar. Sus «octos» estarán muy fatigados. El mío está descansado ahora.

Treinta minutos más tarde, pusieron pie en la orilla opuesta. La banda de Rxómini estaba aún a la mitad de la travesía.

Fran hizo que la joven montase en el animal y luego lo hizo él a su vez. El «octo» reanudó su galope en el acto.

De pronto, sonó un disparo en medio del Gran Río.

Fue un tiro de suerte. El «octo» redujo su marcha de inmediato.

Zina gritó. Fran hizo una mueca.

Las pistolas neurónicas, atómicas o disgregadoras sólo tenían efectividad a distancias inferiores a los cincuenta metros. Para mayores distancias, debían emplearse los rifles y fusiles de pólvora.

El «octo» caminaba ahora con evidentes dificultades. Zina adivinó que el animal consumía sus últimas fuerzas, leal hasta el fin a su amo.

De pronto, vio a lo lejos un rojizo resplandor que iluminaba el cielo color de plomo.

—Fran, ¿qué es eso? —gritó.

El joven miró en aquella dirección.

—Puede que sea nuestra salvación —contestó—. Es la Torre del Fuego Infinito.

—¿Qué significa?

—Aguarde y lo verá.

El «octo» continuaba su galope, aunque era evidente que las fuerzas se le acababan. Tres kilómetros más adelante, a unos mil escasos del lugar donde brotaba el resplandor, empezó a flaquear.

Todavía corrió doscientos pasos más. Luego, de repente, se detuvo y se tendió lentamente en el suelo nevado.

Fran se apeó y caminó cuatro o cinco pasos. Los enormes ojos del animal le dirigieron una húmeda mirada.

La sangre brotaba de su costado izquierdo, empapando los largos y cálidos pelos de su epidermis. Fran le acarició la cabeza.

—Adiós, amigo —dijo—. Has sido un fiel y leal camarada. Nunca te olvidaré.

—Hable en plural, Fran —exclamó Zina, con lágrimas en los ojos.

El «octo» abrió la boca y emitió su último ronroneo. Luego, su cabeza se apoyó en la nieve y sus flancos dejaron de palpitar.

Fran volvió la vista. A lo lejos, a unos tres kilómetros, se divisaban unos puntitos negros.

Eran sus implacables perseguidores.

—Vamos, Zina —dijo.

Cargaron con el equipo. Ahora, la nieve caía mansamente, pero gran parte de los copos se fundían antes de llegar al suelo, debido a la temperatura más alta que reinaba en aquellos parajes.

Zina contempló la alta torre que se alzaba ante sus ojos, a quinientos pasos de distancia. Era como una colosal chimenea, de más de cuatrocientos metros de altura, por otros tantos de anchura, con una base cónica, que llegaba a ciento cincuenta metros del suelo.

La estructura era estriada, pero, a pesar de todo, se podían divisar a ojo desnudo innumerables figuras talladas en la roca viva. El resplandor, acompañado de leves volutas de humo, surgía por la boca de la chimenea, que parecía inalcanzable desde el suelo.

Fran acometió la ascensión de la ladera sin pérdida de tiempo.

—¿Cómo puede decir que viniendo aquí estamos salvados? —preguntó Zina.

—Por dos razones: una, los Rxómini son bastante supersticiosos y puede que no se atrevan a adentrarse en la Torre del Fuego Infinito. La otra razón… Bien, ya la conocerá usted a su debido momento.

Continuaron la ascensión. Ya no había nieve en la ladera, en la que se veía tallado un sendero de trazado en espiral, que contorneaba por completo el basamento cónico de la gigantesca chimenea.

Había numerosas esculturas por todas partes, la mayor parte en bajorrelieve, lo que dio idea a Zina de una antiquísima civilización, extinguida por causas que le resultaban desconocidas. La temperatura iba en aumento, aunque sin excesos nocivos, a medida que ganaban altura. El aire era perfectamente respirable.

Los capturadores estaban ya a mil metros de distancia.

Dispararon unos cuantos tiros. Las balas blindadas desconcharon la roca en algunos puntos.

—No tienen práctica de tiro —dijo Fran despectivamente—. Están más acostumbrados a las pistolas de fisión.

De repente, Zina vio ante sí una puerta semicircular.

Era como la entrada a un túnel, de unos veinte metros de largo, aunque se estrechaba algo hacia adentro, como si fuese un embudo. Al fondo se divisaba un tenue resplandor.

La puerta se hallaba a doscientos cincuenta metros del suelo, ya en la misma pared exterior de la chimenea. Fran se adentró en ella sin vacilar.

Zina le siguió. Las paredes del túnel estaban curiosamente labradas. Era una obra paciente, de decenas de generaciones tal vez, interesantísima para arqueólogos e historiadores, pero, en aquellos momentos, el único interés de ambos estribaba en su supervivencia.

Porque si los Rxómini les daban alcance, ambos morirían. Y ella sufriría los mayores ultrajes ante de morir.

El túnel se acabó de pronto. Zina lanzó un grito de terror, al ver el camino bruscamente cortado.

Estaban al borde de un colosal pozo, de unos treinta metros de diámetro, cuya profundidad no podía medirse a simple vista. Abajo, a una distancia absolutamente imprecisa, hervía el magma que producía el resplandor que habían visto brotar por la boca de la chimenea, a ciento cincuenta metros sobre su cabeza.

Fran no se arredró.

—Podremos pasar —dijo.

—¿Cómo? —exclamó ella, angustiada—. No hay puente…

—Mi amigo, el que me ayudó a salir de la cárcel, lo previo todo. Cinco mil «áureos» dan mucho de sí, créame.

Frente a ellos se veía la boca de un segundo túnel, que se prolongaba en una dirección que Zina no podía averiguar desde donde se hallaban. Calmosamente, Fran desenrolló la cuerda y preparó un lazo.

—Zina, abajo está la muerte. Pero también llega por el camino. Y la que viene por el camino es más segura que la que hay en el fondo del pozo de magma hirviente —dijo.

Al otro lado había unos salientes rocosos. Fran arrojó el lazo. Al segundo intento, la cuerda se sujetó en uno de los salientes. Tiró un par de veces, para asegurarse de su solidez y, una vez convencido de que resistiría, ató el otro extremo a una punta rocosa situada junto a la boca interior del túnel.

—Pasaremos juntos —dijo, a la vez que echaba hacia adelante la bolsa de los alimentos—. Usted se colgará de mi cuello, ¿entendido?

—¿Resistirá la cuerda, Fran? —dudó ella, aprensiva.

—Seguro. Vamos, no perdamos ya más tiempo.

Zina titubeó todavía un momento, pero se decidió finalmente.

—No mire abajo —recomendó él—. En todo caso, piense que si se rompe la cuerda, moriremos instantáneamente.

A pesar de las recomendaciones del joven, Zina no pudo evitar una mirada al fondo del pozo.

La materia en fusión hervía aterradoramente. De cuando en cuando, subían a la superficie enormes burbujas, que se rompían con estremecedores chasquidos. Entonces se veía un poco de gas, que se deshilaba lentamente en su ascenso hacia la boca de la chimenea.

Fran inició el cruce, con Zina a la espalda, como una araña colgada de su hilo. El calor era intenso, pero soportable. El magma fundido, pensó Zina, debía de estar a mayor profundidad de la que calculaba. Posiblemente, la chimenea se ensanchaba gradualmente a medida que sus paredes descendían, lo que, por efectos de la perspectiva, hacía parecer que el tubo de roca fuese cilíndrico.

De pronto, cuando estaban a la mitad, Fran dijo algo que heló la sangre en las venas, a pesar del calor:

—La materia en fusión está a seiscientos metros de distancia, más abajo.

Zina apretó desesperadamente los brazos en torno al cuello del fugitivo, mientras se esforzaba en evitar sus pensamientos acerca de lo que les pasaría si a Fran le fallaban las fuerzas o la cuerda se rompía.

Pero la soga resultó ser más resistente de lo que creía.

Al fin, pusieron pie en el suelo firme del otro lado. Fran se dispuso a desatar la cuerda.

Entonces sonaron unos gritos en la caverna.

—Allí, allí…

Estalló un disparo.

Zina gritó y cayó al suelo. Fran se inclinó y la arrastró rápidamente hasta un saliente rocoso, que les sirvió de parapeto, mientras las balas chasqueaban a su alrededor. Los gritos de los capturadores resonaban con potentes ecos bajo la bóveda rocosa.

—Protegedme con el fuego de vuestros fusiles —gritó Bratt Rxómini.

Media docena de armas tronaron de inmediato, enviando una nube de proyectiles al saliente rocoso donde se habían refugiado los fugitivos. El fragor ensordecía y los chillidos de las balas rebotadas resultaban estremecedores.

Fran aguantó el chaparrón de plomo estoicamente. A sus pies, Zina gemía sordamente, mientras se oprimía con la mano el costado derecho.

Bratt Rxómini se despojó del traje de abrigo y colgó su rifle a la espalda. Luego se asió a la cuerda y empezó a cruzar el abismo.

Era el menor de los hermanos Rxómini, cuatro en total, y todos ellos terriblemente fieros y despiadados. Pero Bratt era el más audaz.

Los otros eran secuaces, mercenarios a sueldo, pero no por ello menos despiadados que los cuatro hermanos. Una vez se hubo suspendido Bratt de la soga, redujeron algo la cadencia de sus disparos, aunque sin permitir al evadido que pudiera asomar la cabeza por su refugio.

A pesar de todo, Fran podía contemplar el avance de Bratt por una ranura de la piedra, que sus perseguidores no podían divisar desde el otro lado. Sentíase desesperado; si se asomaba para soltar la soga, atada al otro lado de la boca del túnel, los Rxómini le acribillarían a balazos.

Bratt le mataría también, apenas hubiese cruzado el pozo. Llevaba rifle y pistola neurónica; Fran lo sabía por la forma del arma. Y Zina quedaría en poder de aquellas fieras con figura humana.

Zina se quejó. Fran volvió la cabeza un instante.

—¿Vienen? —preguntó ella con voz débil.

—Uno está colgado de la soga. Ha ganado ya seis u ocho metros. No está acostumbrado a esta clase de ejercicios.

—Nos matarán…

—¿Cómo te encuentras?

—No lo sé. Me arde el costado. Creo que estoy perdiendo sangre.

Fran apretó los labios. Volvió a mirar por la ranura.

Rxómini había avanzado ya unos diez metros. Dos o tres brazadas más y estaría a mitad del camino.

De repente, se le ocurrió una idea. Era desesperada, pero tal vez podía constituir la salvación. De todas formas, cualquier cosa era mejor que permanecer inmóvil como un cordero ante el cuchillo del matarife.

Sacó la navaja de resorte y la desplegó. Luego miró la cuerda, tensa pero levemente oscilante, a quince pasos de distancia.

Sólo tendría una oportunidad. El saliente rocoso les protegía de sobra contra los disparos de las armas de fisión y las de pólvora. Podrían resistir algún tiempo, antes de continuar la marcha por el túnel, cuya pendiente en descenso divisaba claramente desde aquel lugar.

El brazo derecho de Fran se balanceó un instante. Luego se disparó hacia adelante.

Un relámpago de plata cruzó el aire. La navaja tenía un filo comparable al de una hoja de afeitar. El filo cortó unas cuantas fibras de la soga, pero fue suficiente.

Se oyó un fuerte chasquido. La soga se rompió y Bratt, todavía colgado de ella, se movió como un péndulo, para estrellarse contra la pared rocosa, a quince metros más abajo de sus hermanos y compinches.

Sonaron varios alaridos. El de Bratt dominó a todos en potencia.

Bratt rebotó al golpe. Sus manos soltaron la cuerda. Despedido por el choque, describió una larga parábola, que, a poco, se convirtió en una caída a plomo hacia el burbujeante magma fundido que había a seiscientos metros de distancia.

El alarido de Bratt se alejó velocísimamente. Algunos de la banda miraron morbosamente hacia abajo. De pronto, se vio un leve fogonazo. Bratt había ardido en un segundo.

Un par de burbujas estallaron sordamente en la superficie del magma hirviente. Durd, el mayor de los hermanos y jefe de la banda, lanzó un alarido de cólera.

—¡Proyectiles explosivos! —aulló—. Vamos a dejarlos ahí, para que mueran de hambre y de sed.

A pesar del sordo rumor de la materia en fusión, que subía de las profundidades del pozo de fuego, Fran oyó claramente el grito de Rxómini y se tendió en el suelo, encima de la joven, para protegerla con

su cuerpo. Casi en el acto sonó una espantosa detonación.

Los proyectiles explosivos tenían la potencia de una antigua granada de 105. En pocos momentos, el dintel de roca de aquella boca del túnel se vino abajo y la salida quedó cegada por los escombros.

Una torva sonrisa apareció en los labios del mayor de los Rxómini.

—Haii, ¿has tomado imágenes de lo ocurrido? —preguntó.

Haii Tack era el fotógrafo del grupo. La película serviría para probar la muerte de Fran. A Durd no le importaba la mujer; debía de ser la cómplice del evadido.

—Desde luego —respondió Tack—. No me he perdido un solo detalle.

Y no quiso añadir que había filmado también la espantosa caída de Bratt, porque aquel trozo de película se lo reservaba para su uso exclusivo.

Tenía un compromiso con los Rxómini. Les debía dinero, pero, al mes próximo, quedaba cancelada la deuda. Alguien pagaría un par de cientos de «áureos» por la filmación.

—Está bien, ya hemos acabado con ellos. Vámonos —dijo el mayor de los Rxómini.

Durd estaba equivocado. No había acabado con Fran Villord y su bella acompañante.

CAPÍTULO IV

El estruendo de las explosiones se disipó, lo mismo que el polvo y el humo. La atmósfera se hizo respirable.

Fran se sentó en el suelo. Zina trató de ser fuerte.

—Nos han atrapado —dijo.

—Eso es lo que ellos creen. ¿Por qué te crees que crucé el pozo? No lo hubiera hecho, de no saber que podíamos sobrevivir a este lado, ¿comprendes?

Un leve resplandor se filtraba a través de las rocas, permitiendo una ligera penumbra que permitía ver las cosas a unas pupilas habituadas a una luz escasa. Fran se arrodilló junto a Zina y examinó su traje de abrigo.

Había dos agujeros manchados de sangre en el costado izquierdo, un poco más arriba de la cintura. Zina se quejó ligeramente, cuando Fran palpó la herida por encima de la ropa.

—Calculo que debe de ser un rasguño hondo, justo entre dos de las costillas —manifestó—. No importa ahora que pierdas un poco más de sangre; en pocos días recobrarás tus fuerzas.

—Pero ¿cómo…?

—Ya lo verás.

Fran se colgó la bolsa con los alimentos. Hizo un rollo con las mantas y se las colocó terciadas. Después cargó con Zina, llevándola en brazos.

—Eres fuerte —observó ella, admirada.

—Pse, un poco. ¿Duele?

—Sí, pero trataré de soportarlo.

—Será cuestión de media hora o tres cuartos nada más. Entonces llegaremos al refugio.

—¿Qué refugio? —preguntó Zina, asombrada.

—No he estado nunca allí, pero mi amigo, el que me cobró cinco mil «áureos» por la evasión, lo conoce bien. No me gusta su oficio; sin embargo, en este mundo es preciso tener amistades por todas partes. Y él conoce a fondo estos andurriales.

—¿A qué se dedica tu amigo, Fran?

—Es cazador de «octos».

—Una actividad prohibida —dijo Zina.

—Sí, pero no demasiado perseguida, a menos que te encuentren con un fardo de pieles de «octo» en el equipaje. Mi amigo es lo suficientemente listo como para evitarlo.

—Ya —murmuró ella—. Y, además, sobornaste a un guardián.

—No tenía otra salida. Quería la revisión de mi proceso. Todavía sigo pensando en conseguirlo algún día, aunque la muerte del Megaduque trastornará no poco mis planes. Pero ya pensaré en algo cuando lleguemos a Hulthania.

Zina se estremeció.

—¿Piensas ir a Hulthania? —preguntó.

Fran lanzó una fuerte carcajada.

—Para un proscrito, ¿qué mejor escondite? —contestó.

Ella no dijo nada. El dolor de la herida era muy molesto, aparte de la debilidad que sentía a causa de la pérdida de sangre. No obstante, había podido darse cuenta de que la pendiente en descenso del túnel empezaba a unos sesenta o setenta metros de la boca.

Hasta aquí, el túnel era recto, lo que había impedido a Fran alcanzar una distancia mayor, debido a la intempestiva llegada de los Rxómini. Luego, el túnel describía una gran curva descendente. Zina se dio cuenta de que era una espiral completa, de más de doscientos metros de radio, iluminada por un tenue resplandor que, sin embargo, se acentuaba gradualmente.

Sentíase muy cansada. Cerró los ojos y se dejó llevar, dándose cuenta de que la acometía un sueño invencible. De pronto, se quedó dormida.

* * *

Cuando despertó, se encontró tendida en el suelo, sobre las mantas dobladas a lo largo, con una piedra como almohada, aunque bajo las mantas, para evitarle daños en el cráneo. Su piel, en el lugar de la

herida, se sentía tirante, pero el dolor había desaparecido.

La temperatura era muy agradable, casi tropical: Zina se dio cuenta de que se hallaba bajo una gigantesca bóveda de roca, cuyo techo estaba situado a más de cien metros de altura, sostenido, en ocasiones, por gigantescas columnas de basalto. A poca distancia se veía un espejo de colosales dimensiones.

Poco después, se dio cuenta de que el espejo era un lago. La ausencia total de viento era lo que hacía que la superficie apareciese totalmente tranquila.

De Fran no se veía el menor rastro. Zina supuso que habría ido a explorar los contornos. No la habría dejado sola, si supiese que se hallaba en grave estado, calculó.

Sus ropas aparecían a un lado. Ahora estaba vestida solamente con un monopieza interior que, apreció rápidamente, no tenía manchas de sangre ni agujeros de bala. Empezó a sospechar lo ocurrido.

Fran apareció una hora más tarde.

—¿Qué tal? —saludó alegremente.

Zina observó que llevaba una gran mochila a la espalda.

—Me siento mucho mejor —contestó—. ¿De dónde sale?

—Habíamos empezado a tutearnos. ¿Por qué volver a la vieja fórmula?

—Tienes razón —convino ella—. Pero aún no me has dicho…

—Tenía algunos elementos de cura en mi primera bolsa, entre los cuales figuraba un tubo de celulina, ya sabes, la pasta hemostática y regenerativa. Te curé la herida y me fui a buscar los alimentos que mi amigo había dejado en el lugar convenido.

—Muy lejos has debido de ir, supongo.

—Unos veinte kilómetros. Pero no podía seguir adelante contigo, en las condiciones en que te hallabas.

—Comprendo. —Zina frunció el ceño—. Este traje interior no es el mío.

—No —respondió Fran con entera naturalidad—. Es de la clase de tejido elástico que se acomoda a cualquier talla. Estabas dormida cuando te quité la ropa y te curé.

Zina se sonrojó levemente.

—Mejor así… aunque de haberme hallado consciente, hubiera tenido que permitirlo también —dijo.

—A veces, es preciso dar de lado conveniencias y falsos pudores —

sonrió Fran—. Pero no hablemos más de ello. Aquí, en esta bolsa, hay comida de sobra para dos semanas, aparte de un par de mudas. Y dinero, claro.

—Tienes un amigo que es una joya —rio la joven.

—Otros dicen que es un sinvergüenza, pero yo siempre fui leal en mis tratos. Él ha correspondido ahora, simplemente. ¿Tienes hambre?

—Devoradora, Fran.

—Entonces, vamos a comer. Agua no nos faltará; ahí tenemos toda la que queramos.

Zina aceptó unas raciones de alimento condensado, que enviaron nuevas energías a su cuerpo. Mientras comía, hizo una observación:

—Podríamos mejorar nuestra dieta con los peces del lago, ¿no te parece?

—No hay peces. Son aguas muertas, aunque, por fortuna, potables —contestó él.

—¿Y la luz? No es muy intensa…

—La Torre del Fuego Infinito suministra todo: luz y calor. Muchas veces me he preguntado quiénes pudieron ser los misteriosos seres que habitaron estas comarcas hace miles de años, pero no he encontrado ninguna respuesta aceptable. Ni siquiera hay tumbas… pero supongo que eso no es relevante en estos momentos.

Zina asintió. Sentíase mejor a cada minuto que transcurría.

—Hay algo que lamento, Fran —exclamó de pronto—. Tu escapatoria se retrasa por mi culpa…

—No te preocupes; habiendo muerto el Megaduque, no tengo prisa ninguna. Pero me duele su muerte, créeme.

—Era una buena persona, tengo entendido.

—Y Ophyria, su esposa, también. ¿Qué la ha hecho cambiar tan radicalmente, según tú?

—La gente dice que es la influencia de Omur Yildon, su primer ministro, pero, puedes comprenderlo, yo, en la estación espacial, no me preocupaba demasiado de la política.

—Es lógico —admitió Fran—. Pero ¿cómo llegó ese negocio a tu poder? Aunque hacía tiempo que no había estado en él, sé que valía unos cuantos millones de «áureos». No me explico cómo tú pudiste…

El pecho de Zina se agitó. Su mirada se desvió.

—No me preguntes cómo lo conseguí, porque me avergüenzo de mí misma cada vez que lo pienso —dijo.

—Según tengo entendido *La Sirena Cósmica* pertenecía a un tal Imr de Bulh, un tipo más viejo que Matusalén…

—¡Por favor, Fran! —rogó ella, muy alterada—. ¿Por qué no dejamos la conversación?

—Está bien. Siento haberte molestado —se disculpó él—. No te mencionaré más el tema.

* * *

Diez días más tarde, Zina se sintió lo suficientemente fuerte como para dar unos paseos. La celulina había regenerado casi por completo los destrozos de la herida. En cuanto a los alimentos condensados, habían compensado con rapidez las deficiencias orgánicas causadas por la pérdida de sangre.

Se bañó en el lago. El agua estaba tibia. Permaneció largo rato. Fran no estaba a la vista.

Cuando salía, le vio venir a lo lejos. Corrió a vestirse. Luego agarró con las dos manos su larga mata de pelo y lo retorció para escurrir el agua que aún quedaba en él.

Fran llegó poco después, la vio y sus ojos despidieron un destello singular, que provocó un vivo sonrojo en la joven.

—Estás muy guapa —dijo él, con voz normal.

—Empiezo a recobrar mi antiguo aspecto, eso es todo —contestó Zina.

Una vez más, Fran la miró críticamente de pies a cabeza. El traje que llevaba puesto Zina se amoldaba sin una sola arruga al espléndido contorno de su cuerpo.

—Sí, la mujer ideal para estar al frente de *La Sirena Cósmica*, mucho mejor que Imr de Bulh…

—¿Quieres hacer el favor de no mencionar más ese nombre? —exclamó ella, irritada.

—Disculpa, lo había olvidado.

La voz de Fran se había hecho repentinamente tensa, casi hostil. Zina reparó en ello cuando Fran pasaba por su lado, en dirección al campamento.

—Espera un momento —dijo la joven.

Fran guardó silencio.

—Siento mi actitud de hace unos momentos —añadió Zina—. No te vayas a creer que mi vida ha sido un sendero de rosas; hay en ella más

espinas que… Bien, no importa, no discutamos esto; lo que deseaba decirte es que no me he comportado bien contigo. Estoy viva gracias a ti; me salvaste en el páramo helado, en la chimenea y ahora también… No me he comportado bien contigo, Fran.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—He tratado de disculparme, Fran.

—Entiendo. Pero no te preocupes más; eso no tiene ninguna importancia.

—Según se mire. —Zina sonrió ligeramente—. Pase lo que pase, nunca olvidaré lo que has hecho por mí…

Se acercó más a él, hasta que su pecho opulento rozó el del hombre. Fran contempló unos instantes las luminosas pupilas de la mujer. En la rojiza penumbra parecían fuego verde.

Zina permanecía callada. Fran comprendió la muda invitación. Alargó los brazos, encerró en ellos el esbelto talle femenino y buscó con avidez los rojos labios que se le ofrecían en una especie de ansiada rendición incondicional.

CAPÍTULO V

—¿Estás cansada? —preguntó él.

Zina suspiró, a la vez que se sentaba en un pedrusco.

—Un poco —contestó—. Con franqueza, no estoy acostumbrada a caminar.

—La salida no está ya lejos, pero, es cierto, tampoco tenemos prisa en llegar.

—Fran, ¿adónde saldremos?

—Al páramo, que nos llevará a Hulthania.

—¿Insistes en ir allí?

—Sí. Hay un par de testigos que declararon en falso contra mí. Quiero saber por qué lo hicieron… mejor dicho, quién les sobornó para que yo apareciese culpable.

—Pero mataste a un hombre —alegó Zina.

—Cierto. En defensa propia.

Ella entornó los ojos

—¿Cuál fue el motivo de la discusión? —preguntó.

—Una mujer.

—Eres conquistador, ¿eh?

Fran sonrió.

—Moderadamente tan sólo —contestó—. Pero si yo miro a una mujer hermosa, y ella me mira… y me sonríe y contesta con un guiño cuando yo le guiño un ojo… No soy de piedra, Zina.

La joven suspiró.

—No, no lo eres —aseguró—. ¿Puedo saber el nombre de la mujer causante de… tu desgracia?

—Sí, Urylla Rxóxil, esposa del capitán Rxóxil.

—Ah, también penetras en el cercado ajeno.

Fran guardó silencio. Zina se dio cuenta de que el joven no quería seguir hablando y desistió de hacer más preguntas.

Al cabo de un rato, reanudaron la marcha. Fran caminaba ahora por un sendero que ascendía en el suelo de aquel colosal subterráneo, alejándose del lago. Media hora más tarde, Zina notó una leve corriente de aire frío en el rostro.

—Estamos a quince minutos de la salida —anunció él—. Empieza a abrigarte. No te olvides de los anteojos cuando salgas al páramo; has estado casi tres semanas viviendo en esta penumbra y tus retinas podrían sufrir graves daños.

—Está bien.

Los anteojos, en realidad, eran una máscara transparente, que cubría el rostro casi por completo, dejando unos ligeros orificios laterales para la respiración. Un poco más adelante, Zina divisó un resplandor blanco y se colocó la máscara, a la vez que manejaba el mando de polarización, a fin de dar un color oscuro al vidrio sintético.

Cinco minutos más tarde, salían de nuevo al páramo. Zina contuvo la respiración unos instantes, al ver aquella inmensa llanura blanca, que no parecía tener fin.

—¿Está muy lejos el cohete? —preguntó.

—Un par de kilómetros. Vamos, Zina; me gustaría hoy dormir en una cama caliente.

—No estaría mal —convino ella, con un hondo suspiro.

Echaron a andar. La nieve estaba muy dura, helada, por lo que la marcha no entrañaba dificultades. El suelo, sin embargo, era mucho más accidentado que en el lado opuesto. Una vez, Zina se volvió y pudo ver la Torre del Fuego Infinito en el horizonte, despidiendo aquel resplandor que no tenía trazas de extinguirse jamás.

La nieve caída se amoldaba a las desigualdades del terreno, abundante en barrancos y cárcavas. Había también algunas oquedades, de las que pendían carámbanos largos y afilados como lanzas.

Los mismos accidentes del suelo impedían ver a gran distancia. Zina se dio cuenta, sin embargo, de que Fran tenía un mapa en la mano, que consultaba con frecuencia para orientarse.

De repente, cuando ya llevaban media hora caminando, un extraño sonido quebró el ambiente.

A Zina se le pusieron los pelos de punta. Fran apretó las mandíbulas.

El sonido se repitió.

Era el grito de un hombre sujeto a un dolor físico intolerable.

* * *

Fran extendió una mano, haciendo señas a Zina de que se detuviese. La joven obedeció, temblando de miedo.

El alarido se repitió. Sonaba a menos de cincuenta pasos de distancia. Delante de ellos, había un muro de hielo, de cuatro o cinco metros de altura, del que pendían unos enormes carámbanos, algunos de los cuales llegaban casi hasta el suelo.

Evitando hacer ruido, Fran avanzó unos pasos y asomó levemente por el final del muro. Entonces vio algo que le puso los pelos de punta.

A menos de veinte metros de distancia, cuatro hombres rodeaban a un prisionero, medio desnudo, atado a dos palos en aspa e hincados en el suelo, y al cual torturaban sádicamente, en medio de grandes risotadas.

Fran reconoció instantáneamente al prisionero. Era Phexus, el hombre que le había ayudado a escapar. Los cuatro restantes eran, sin duda, miembros de la banda de capturadores.

Sí, allí estaba Thebb Rxómini, el segundo de los hermanos, con tres de sus secuaces. En cuanto al resto, andarían por otro lugar del páramo, pero aquella fracción de la banda había sido más afortunada al capturar una presa.

El método de tortura era muy simple. Usaban sus pistolas neurónicas a la más baja tensión. Líneas de color rojizo oscuro aparecían en la desnuda epidermis de Phexus, cuando una pistola se paseaba por su cuerpo, a dos metros de distancia.

—¿Dónde está Fran Villord? —rugía Thebb Rxómini.

—No… no lo sé… Sólo soy un cazador de… «octos»…

La mano izquierda de Thebb se tendió hacia un bulto que se veía a doscientos metros de distancia, completamente cubierto de nieve.

—Hay ahí un cohete planetario —aulló—. Y no es el tuyo; conocemos muy bien tu matrícula. Ese cohete es para Villord. ¿Dónde está?

Fran maldijo en su interior a Phexus. ¿Por qué diablos se le había ocurrido ir a cazar «octos» en aquellos parajes? Tenía cientos de miles de kilómetros a su disposición… y había tenido que ir, precisamente, a aquel lugar.

Pero no había tiempo para los reproches. La resistencia de Phexus podía agotarse de un momento a otro.

Había que actuar y con la mayor rapidez posible, pensó en una

fracción de segundo.

Pero no tenía armas.

Volvió la cabeza una vez. Zina, silenciosa, le miró angustiada.

Detrás de Zina había una impresionante colección de carámbanos, algunos de los cuales medían tres metros de largo por quince o veinte centímetros de grosor en su parte más alta. La extremidad inferior parecía la punta de una aguja.

Fran agarró uno de los carámbanos con las dos manos y lo partió de un seco golpe, confiando en que las voces de los torturadores les impedirían oír el chasquido de la rotura. Para mayor seguridad, partió otro y se lo entregó a Zina para que lo sostuviera mientras él actuaba.

La improvisada lanza medía casi dos metros y pesaba unos quince kilos. Fran confió en la potencia de su brazo.

Paso a paso, se acercó al final del muro de hielo. Zina le seguía en silencio, con su carámbano preparado.

Fran se acercó una vez más. En aquel momento, Thebb Rxómini se separaba de su prisionero cuatro o cinco pasos, a la vez que le apuntaba con su pistola.

—No te lo pediré más veces —rugió—. Dime dónde está o apretaré el gatillo.

Fran tendió el brazo hacia atrás y luego lanzó el carámbano con toda su fuerza. La lanza de hielo voló raudamente y penetró en el cuerpo de Thebb por el costado derecho.

Un horrible alarido se elevó en el páramo helado. Thebb volvió la vista un instante y vio aquel enorme trozo de hielo que sobresalía de su costado. Pero las rodillas se le doblaron de inmediato; casi un metro de carámbano había penetrado en su cuerpo, produciéndole destrozos irreparables.

Los otros se quedaron paralizados por el estupor. Antes de que pudieran reaccionar, Fran lanzó el segundo carámbano. La punta de hielo penetró en un cuerpo humano a través del estómago y asomó unos centímetros por la espalda.

Fran no se entretuvo más en contemplar los resultados de su obra. Saltó hacia adelante y, en cuatro gigantescas zancadas, cubrió la distancia que le separaba de los dos supervivientes.

Uno de ellos, aterrado, escapó a la carrera. El otro intentó sacar su pistola, pero casi en el momento un puño golpeó devastadoramente su mandíbula y cayó fulminado.

Fran se apoderó en el acto de una pistola neurónica. De pronto, sonó

un grito de advertencia:

—¡Fran, a tu izquierda!

El joven se volvió. A veinticinco pasos de distancia, el capturador fugitivo se había vuelto y le apuntaba con su pistola.

Fran se tiró al suelo en el momento en que salía el disparo. A dos pasos de distancia oyó un quejido de agonía, pero no prestó atención, ocupado en tomar puntería.

Disparó. Un hombre saltó convulsivamente casi dos metros, antes de caer al suelo, con el sistema nervioso literalmente destruido. Fran se puso en pie.

El único superviviente estaba sin conocimiento. Fran se acercó a Phexus, pero no tardó en ver en su pecho el círculo negruzco que indicaba el impacto neurónico a máxima tensión.

La boca de Phexus estaba torcida en una mueca grotesca. Su cabeza había quedado doblada sobre el pecho.

Thebb Rxómim y el otro capturador habían dejado de moverse. La sangre derramada se congelaba lentamente en la nieve. Pronto se congelaría también en las venas.

—Zina —llamó Fran.

Ella acudió temerosamente. El aspecto de Fran era terrible.

—Sí —murmuró Zina.

—Siento lo que le ha ocurrido a Phexus. Tenía todo un casquete polar a su disposición para cazar «octos». ¿Por qué diablos tuvo que venir aquí?

—No se lo reproches. Quizá sintió curiosidad por ver qué pasaba, después de veinte días. El cohete estaba ahí, abandonado en la nieve…

—Sí, tal vez. Pero, en cierto modo, era mi amigo.

—Ya lo has vengado, Fran. Y no olvides que aún quedan algunos Rxómini por ahí. Quizá éstos les llamaron por radio, anunciándoles la captura.

—Es probable.

Fran miró un instante al único superviviente. El capturador continuaba inconsciente. Se encogió de hombros.

—Vamos —dijo.

Un poco más adelante, en una vaguada, encontraron el trineo a motor de Phexus. Fran lo puso en marcha, orientándolo hacia el Norte, y luego saltó al suelo. El vehículo seguiría moviéndose hasta el agotamiento de sus baterías o hasta que se rompiese en una caída por

una barrancada.

Caminaron hacia el cohete. Fran limpió la nieve de la portezuela e hizo funcionar el mecanismo de apertura.

Entraron en el aparato. Fran comprobó de una ojeada todos los instrumentos. Estaban en orden.

El aparato se hallaba en posición horizontal, sustentado por un tren de aterrizaje de cuatro cortas patas, con discos en la base, a fin de lograr un mejor apoyo en el suelo. Fran conectó la calefacción en primer lugar.

Luego hizo funcionar los motores de despegue. El aparato se elevó lentamente, en sentido vertical. El tren de aterrizaje se replegó automáticamente a diez metros del suelo.

A continuación, poco a poco, hizo variar el sentido de propulsión de los motores, avanzando oblicuamente en la helada atmósfera de Than-Bisson. La nieve acumulada en el aparato se disipó a la fricción con el aire.

Un minuto más tarde, el aparato navegaba a cientos de kilómetros a la hora. Fran dio más potencia y el cohete subió en ángulo de 45°, acelerando a cada segundo que transcurría. De pronto, lanzó una advertencia.

—Agárrate, Zina; vamos a volar a velocidad planetaria.

Zina ya estaba sujeta al sillón por los arneses de seguridad. Sus manos, instintivamente, se crisparon sobre los brazos del asiento.

Casi de repente, el cohete se hundió en la negrura del espacio. Allá a lo lejos, a cuarenta y cinco millones de kilómetros de distancia, brillaba un disco plateado de pequeño tamaño.

Era Hulthan, el planeta hacia el cual se dirigían, en busca de su destino, para recobrar lo que habían perdido… o para morir.

* * *

Había armerías de sobra en Hulthania, la capital del planeta. Fue lo primero que hizo Fran al llegar a la ciudad: proveerse de armas para sí y para Zina. A la joven le repugnó la idea en un principio, pero no tardó en aceptar un antiguo revólver de seis tiros, con la correspondiente funda, con carga destructora.

—Vamos a separarnos —dijo él—. Hulthania es una ciudad para los proscritos de todos los mundos de la Galaxia. Aquí no hay más ley que la que uno mismo se impone. Si un hombre te molesta, pégale un tiro;

nadie te formulará la menor acusación.

Zina le miró largamente.

—Tú también mataste a un hombre y, sin embargo, te enviaron a la prisión sideral de Than-Bisson —le recordó.

—El asunto es distinto. Maté a un nativo y, además, en el barrio nativo. Hulthania es una enorme fuente de ingresos para el gobierno, si suprimiesen la ciudad de los proscritos, sé morirían de hambre.

La temperatura en la capital era muy distinta de la que reinaba en los helados páramos de Than-Bisson. Era casi tropical y las mujeres llevaban vestiduras muy ligeras, incitantes y sugestivas: en la mayoría de los casos.

—Es que… —dijo Zina, titubeante—, no sé qué hacer. Perdí mi negocio…

—Tu estación espacial debía de estar registrada en forma en los archivos del gobierno. Si tenías los documentos en regla, formula una reclamación.

Zina sonrió amargamente.

—¿Con Yildon de por medio? —contestó.

—¿Está Yildon metido en el asunto? —se sorprendió él.

—Claro. De otro modo, ¿cómo podría Khazhan haberme robado el negocio? Cualquier reclamación que intente por la vía legal, está condenada de antemano al fracaso.

—Yo también poseía una astronave comercial. No sé qué habrá sido de ella. Me la habrán confiscado, seguro.

La animación era enorme. Veíanse gentes de todas clases y de distintas conformaciones anatómicas por las irregulares calles de la ciudad. Abundaban las tabernas y por todas partes se oían gritos y risas.

De pronto, se oyeron unas voces descompuestas. La gente se apartó con precipitación.

Dos hombres salieron a la calle, vociferando de un modo horrible. Espantada, Zina vio que ambos iban armados con enormes espadas y se lanzaban a un duelo atroz. De pronto, uno de los contendientes logró un golpe de fortuna y la cabeza de su antagonista, limpiamente separada del tronco por el mandoble, voló por los aires.

Zina se sintió a punto de desmayarse. Un poco más adelante, al pasar por una calleja, vio a dos hombres robando a un tercero.

La víctima tenía los brazos en alto, resignándose al despojo. De repente, cuatro o cinco individuos cayeron sobre los ladrones.

Uno de ellos intentó defenderse. Alguien le rajó el vientre de una

cuchillada.

El otro ladrón pidió clemencia. Nadie le hizo caso.

Instantes después, pataleaba al extremo de una cuerda, atada a un farol. La víctima dio las gracias a sus salvadores. También les entregó un billete de cincuenta «áureos», lo que motivó unos entusiastas vivas del grupo de ciudadanos aparentemente honrados.

De pronto, uno de los individuos se volvió hacia la pareja. No eran los únicos, por otra parte, en contemplar el espectáculo.

—Turistas, ¿eh? —dijo el hombre, sonriendo.

—En cierto modo, Jim Bwitt —contestó Fran.

Bwitt arqueó las cejas.

—¿Me conoce? —preguntó.

—Hace tres años te contraté como tripulante para la «Stella K.». Lo que sucede es que entonces yo llevaba el pelo corto y no usaba barba.

—Rayos, será posible… ¡Capitán Villord! —gritó Bwitt.

—El mismo, Jim —sonrió Fran—. Pero, ¿qué diablos haces por ahí rajando tripas y colgando a la gente?

Bwitt ladeó la boca.

—En Hulthania se puede hacer de todo, menos robar a la gente. Es decir si esos tipos querían el dinero de su víctima, uno de ellos podría haberle desafiado. Sólo si el otro hubiese aceptado el duelo, a muerte, desde luego, hubiera podido quedarse con sus pertenencias. Pero no permitimos el robo. Simplemente, colgamos a los ladrones. O les echamos las tripas fuera.

Bwitt lanzó una estridente carcajada.

—El que olvida eso, vive aquí muy poco tiempo —añadió—. Pero, dígame, capitán, ¿a qué diablos ha venido a Hulthania?

—¿Adónde puede ir un hombre que se ha fugado de la prisión sideral de Than-Bisson, Jim?

Bwitt se quedó con la boca abierta.

—Nadie se ha fugado jamás de Than-Bisson, capitán —dijo.

—Alguien tenía que ser el primero, Jim —respondió Fran sosegadamente—. Pero, ¿por qué no vamos a un sitio donde podamos tomar una copa con tranquilidad?

—Es una buena idea —aprobó el individuo—. ¿Su chica? —preguntó, mirando descaradamente a Zina.

—Sí —admitió Fran, a fin de no tener que entrar en más explicaciones por el momento.

CAPÍTULO VI

Una rolliza camarera, de senos exuberantes, trajo una botella y tres vasos. Bwitt sirvió y levantó su vaso.

—Por el encuentro, capitán —dijo.

—Gracias, Jim. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Pse, año y medio, más o menos. Nadie me quiere contratar… Le zurré a un contramaestre y… Bueno, creo que gastaron algo así como una tonelada de yeso para escayolarle… Nadie ha querido aceptarme como tripulante desde entonces.

—Tienes el genio un poco vivo, Jim —dijo Fran—. De todas formas, yo he perdido mi astronave. Si la recupero, cuenta con un puesto a bordo.

—Gracias, capitán, aunque lo veo muy difícil. Si el Primer Servidor ha metido sus manos en el asunto, no la recobrará jamás. Y no hablemos ya de Lon Khazhan. Es carne y uña con él.

—¡Khazhan! —exclamó Zina—. Es el hombre que me robó mi negocio.

Bwitt miró interesadamente a la joven.

—¿Qué negocio? —preguntó.

—Era la dueña de *La Sirena Cósmica*, Jim —contestó Fran.

Bwitt silbó.

—Eso produce millones al año —dijo—, y el «áureo» ha subido enormemente de valor.

—¿Cuál es su última cotización con respecto a la moneda terrestre?

—Diecisiete coma treinta y uno.

—No está mal. Pero creo que ahora no nos interesan tanto las cuestiones monetarias, como las personales. Jim —siguió Fran—, tengo algo de dinero. Quiero que te encargues de buscarme a dos tipos que

declararon falsamente contra mí.

—Deme sus nombres, capitán —pidió Bwitt llanamente.

—No sé ahora dónde pueden vivir. ¿Tendrás bastante con doscientos «áureos»?

Bwitt rio estrepitosamente.

—Por media docena de «áureos», podría comprar otras tantas conciencias —exclamó.

—Está bien. Se llaman Tixl Hanon y Caetus Mikor. Sólo quiero saber dónde están y el mejor momento para entrevistarme con ellos. El resto corre de mi cuenta, ¿entendido?

Cuatro billetes de a cincuenta cambiaron de dueño. Antes de que pudieran seguir hablando, un tipo se acercó a la mesa.

—Ven conmigo, preciosa —dijo.

Zina respingó. La interpelación, se refería precisamente a ella.

Contempló al individuo. Era un nativo de Xapphar, del Tercer Sistema, de dos metros y cuarto de altura y con un tórax colosal, del que salían cuatro brazos, dos a cada lado. Salvo por este detalle anatómico, su configuración era exactamente igual a la de cualquier humano.

El cráneo del cuadrumano bípedo estaba totalmente afeitado, excepto un mechón en la frente, tieso y rígido como el asta de un unicornio. Los xappharianos cuidaban mucho aquel aditamento piloso. A fuerza de pegotes y ungüentos, conseguían darle una consistencia córnea, lo que les confería un arma terrible para las luchas cuerpo a cuerpo.

El xapphariano tenía ganas de pelea, adivinó Fran. Estuvo a punto de contestarle con una insolencia, pero prefirió aguardar la reacción de Zina.

Bwitt fue a decir también algo, pero un oportuno puntapié del joven, por debajo de la mesa, le hizo callar. El xapphariano insistió:

—Me gustas, hermosa. Tengo diez «áureos» para ti. Vamos.

Zina contuvo la respiración un momento.

¿Era que ninguno de aquellos dos hombres la iban a defender?, se preguntó.

Fran y Bwitt permanecían inmóviles y silenciosos. De pronto. Zina comprendió.

Aguardaban su reacción. Ella también tenía que poner algo de su parte.

Inspiró con fuerza. Las curvas de sus senos se marcaron rotundamente bajo la liviana blusa que llevaba ahora. Lentamente, se puso en pie.

El xappphariano sonrió. De pronto se puso serio. Zina le apuntaba con el revólver.

—Escucha, cerdo hexápodo —le apostrofó—. Da media vuelta inmediatamente o te cortaré dos brazos a tiros. Son proyectiles explosivos, ¿sabes?

El xapphariano se amedrentó. Aquella chica parecía dispuesta a cumplir su amenaza. Y si no quería irse con él, estaba en su derecho a rechazarle.

Pero había bebido algo y el rencor se almacenó en su ánimo. Sin decir una palabra más, dio media vuelta y se acercó al mostrador, en donde pidió otra copa de vino, que despachó en el acto.

Bwitt se puso en pie.

—Yo me largo, capitán —dijo—. He de trabajar.

Fran asintió. Zina enfundó la pistola.

—Ninguno de los dos me ha ayudado —dijo.

—Tienes que aprender a vivir en Hulthania —contestó Fran llanamente—. Anda, vámonos.

Zina se calmó. Sabía que Fran no se había acobardado ante el xapphariano. Sólo había querido probar su comportamiento en un mundo donde, prácticamente, sólo se reconocía la ley del más fuerte.

Caminaron hacia la puerta. De repente, se oyó un atronador bramido:

—¡Terrestre, quiero a esa mujer! ¡Duelo a muerte!

* * *

Fran se detuvo, cuando ya sólo estaban a dos pasos de la puerta. Maldijo en su interior. El xapphariano era un hombre obstinado. Y, además, medio borracho.

Pero le había retado. Nadie, en Hulthania, podía rechazar un duelo, sin ser expulsado inmediatamente de la ciudad de los proscritos.

Sólo había una clase de personas que no aceptaban jamás un reto. Nadie desafiaba a un enterrador; era un gremio con mucho trabajo.

Zina le miró ansiosa. Fran sonrió para tranquilizarla.

—No temas —dijo.

Y se volvió hacia su antagonista.

—Sin armas —aceptó, impasible.

—Sin armas —convino el xapphariano.

Y de súbito, lanzando un aterrador aullido, se lanzó hacia adelante con una velocidad increíble.

A los cuatro pasos de su arrancada, ya había bajado la cabeza. Su intención era ensartar a Fran con el asta de la frente. Pero Fran no actuó menos velozmente.

Una mesa pasó a sus manos, mientras copas y botellas volaban por los aires. El improvisado escudo crujió al recibir el terrible impacto del asta pilosa del cuadrumano bípedo.

Fran saltó inmediatamente a un lado, mientras el xapphariano, por su propio impulso, rodaba por el suelo, bramando como un poseído, a la vez que hacía desesperados esfuerzos para arrancar el asta de la tabla.

Los pies de Fran se movieron velozmente. Sonaron dos horrendos crujidos. Los brazos derechos del xapphariano quedaron fracturados en el acto.

Un instante después, el xapphariano se levantó, con la mirada extraviada y los dos brazos pendiendo inútiles al costado. Había enloquecido de ira, pensó Fran.

De súbito, el xapphariano echó las dos manos útiles a los dos cuchillos que llevaba en el costado izquierdo. Eran enormes, como machetes.

Nadie podía competir con un hombre que manejaba dos cuchillos a la vez. El dolor y la furia cegaban al cuadrumano bípedo. Los espectadores contemplaban la escena con morbosa ansiedad.

El xapphariano dio un paso hacia adelante. De pronto, estalló un disparo.

Se oyó un rugido de dolor. Un enorme boquete, por el que se escapaba la sangre a torrentes, se abrió en el pecho del xapphariano.

A pesar de todo, poseía una vitalidad espantosa y avanzó hacia Fran. Zina hizo fuego de nuevo.

La mitad del cuello del cuadrumano bípedo desapareció en un estallido rojo. Las piernas del atacante se doblaron y cayó al suelo.

Sonaron algunos gritos de protesta. Había más xapphariLanos en la taberna.

Zina, con los ojos llameantes y el pecho alborotado, avanzó un par de pasos.

—Se concertó un duelo sin armas. Ese individuo quebrantó las reglas. Yo tenía derecho a defender a mi hombre —exclamó

retadoramente.

Otros aprobaron la acción de la joven. El dueño de la taberna, un hombre gordo y calvo, se acercó a Fran.

—Has roto una mesa y varias copas —dijo.

Fran le entregó un billete de dos «áureos».

—¿Suficiente? —preguntó.

—Sobra la mitad…

—Guárdate la vuelta.

El tabernero se inclinó.

—Gracias, señor.

Fran agarró a la joven por un brazo y se dirigió hacia la salida. Nadie les molestó.

—De modo que yo soy tu hombre, ¿eh?

—Algo tenía que decir —contestó Zina, alzando la barbilla orgullosamente.

Un par de guardias nativos les cerraron el paso de pronto.

—¿Qué ha sucedido ahí? —preguntó uno de ellos.

—Un duelo a muerte, sin armas. El retador quebrantó las reglas. Mi… pareja le pegó dos tiros —contestó Fran.

El guardia hizo una mueca despectiva.

—A ver cuándo os matáis todos, escoria de la Galaxia —dijo.

—Si todos morimos, ¿de qué viviréis vosotros? —Contestó Fran en el mismo tono. Pero, de pronto, se dijo que le convenía ser conciliador—. Me gustará que os bebáis una jarra de vino a nuestra salud, al terminar la ronda —añadió, a la vez que sacaba otro billete de dos «áureos».

Los guardias del Megaducado se deshicieron en zalemas. Fran y Zina continuaron su camino.

—Sabes tratar a la gente —dijo ella—. Claro que la experiencia de astronauta… ¿Adónde vamos ahora, si se puede saber?

—A un hotel discreto, cuyo dueño es amigo mío desde hace mucho tiempo. Se llama E Rado y me debe algunos favores, por ejemplo, botellas de licores y vinos auténticos de la Tierra para sus clientes con dinero.

—Sospecho que ese hotel es discreto por… para…

—Sí, para eso —contestó Fran con sorna.

—Has ido muchas veces allí, ¿eh?

—Siempre que venía a Hulthania. E Rado nunca me negó una habitación.

—E Rado… ¿Qué significa esa E, Fran?

—Nada. Es su nombre. Una sola vocal. Rado es así de caprichoso.

De pronto, ella se alarmó.

—Nos darán una habitación para los dos —exclamó.

—Pediré dos, no te preocupes —contestó él socarronamente.

* * *

E Rado era un sujeto de unos cincuenta años, bajito, regordete, medio calvo y con aspecto de saber mucho de la vida. Llenó la copa de su huésped y se sentó frente a él.

—Has hecho un milagro, Fran —dijo—. Que yo sepa, nadie consiguió escaparse de la prisión de Than-Bisson.

—Alguno tenía que ser el primero. Mi dinero me costó. Casi he agotado mi cuenta corriente secreta, si Phexus hizo efectivo el cheque que le entregué.

—Comprendo. Bien, ¿cuáles son tus planes?

—Dos testigos declararon falsamente en mi contra. Es cierto que maté al capitán Rxóxil, pero fue en defensa propia. Y no había intentado arrebatarle la esposa. Era ella la que quería volver a la Tierra. Tenía la espalda en carne viva. Rxóxil se divertía azotándola. Era un sádico.

—Era su mujer. Tenía derecho a azotarla, si le parecía bien.

—Es cuestión de opiniones. A mí no me pareció bien que se azotase a una terrestre. Y a Rxóxil, por otra parte, no le convenía que se supiera.

—Ya entiendo. Bueno, encontrarás a los testigos y…

—Eran los criados-esclavos de Rxóxil. Para salvar la vida, declararon que Rxóxil y su esposa se amaban tiernamente y que jamás había surgido la menor disputa entre ambos. Pero éste es un asunto mío, que tendría mejor solución, si Hardikus estuviera vivo.

Rado meneó la cabeza.

—Ahora gobierna su esposa —dijo—. ¿Sabes lo que hace la bella y cruel Ophyria?

—Dímelo, E. Tú estás enterado de todo.

Rado se bebió su copa de un trago.

—En realidad, no es Ophyria la que gobierna, sino su primer ministro, quien, para mayor escarnio, ha tomado el título de Primer Servidor del Pueblo hulthaniano. Ophyria sólo se ocupa de amar y ser

amada. Un amante cada noche… y al siguiente, otro. El de la víspera muere indefectiblemente, de la forma en que a ella se le antoja, para saciar su sádica morbosidad.

CAPÍTULO VII

Zina salió de la bañera y se situó ante el secador de aire caliente, de cuerpo entero. Una vez hubo terminado, se puso una bata y pasó al dormitorio, a fin de secarse el pelo y peinarse.

Fran estaba sentado en una butaca.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

Fran sonrió, a la vez que jugueteaba con la copa que tenía en la mano.

—He hablado con Rado. Tengo valiosa información para ti.

—Interesante —comentó ella. Sentóse ante el espejo y empezó a cepillarse el pelo—. ¿Qué clase de información?

—Puedes recobrar tu negocio, Zina.

—¿De qué forma, Fran?

—Estás viva. Khazhan tuvo que falsear la documentación. Hazte visible.

—Ese hombre es capaz de degollarme —se estremeció la joven.

—Khazhan hizo constar pasaba a ser dueño de *La Sirena Cósmica* como viudo de su esposa.

—¡Pero no está casado…!

—Falsificó los documentos, pero esto no se puede probar. Lo que sí se puede demostrar es que no hay tal viudedad, porque estás viva. Tus huellas digitales y tu fórmula orgánica quedaron debidamente archivados en el registro. Una vez te presentes allí y demuestres que estás viva, la inscripción de propiedad quedará anulada.

Zina suspendió el cepillado de su cabellera.

—Tendré que subir a la estación espacial y expulsar a Khazhan de allí —dijo.

—La ley te apoyará. Puedes reclamar el concurso de una patrulla de

guardias del Megaducado. A Khazhan no le quedará otro remedio que largarse… y tú puedes conseguir que lo haga sin ruido, so pena de ir a parar a la prisión sideral de Than-Bisson para una docena de años.

—Khazhan es carne y uña con Yildon —alegó Zina.

—Una vez por semana, Yildon concede una audiencia general, en el curso de la cual todo el mundo puede exponer su problema y pedir justicia. Tu caso es infinitamente menos complicado que el mío. Puedes salir adelante. Yildon comete una infinidad de trapacerías, es cierto; pero, al mismo tiempo, está interesado en presentarse como un hombre recto y justiciero ante la opinión pública.

Fran se puso en pie. Un fajo de billetes quedó sobre el tocador.

—Phexus no tuvo tiempo de utilizar el cheque que le di —añadió.

—Acepto ese dinero, como un préstamo —dijo Zina, interiormente conmovida—. Necesito ropa y otras cosas… ¿Cuándo es la próxima audiencia del Primer Servidor?

—Dentro de seis días. Preséntate lujosamente vestida, pero, al mismo tiempo con dignidad. Y lleva los documentos en la mano. Ah, al encargado del registro dale cien «áureos», no por el trabajo que realizará, sino para que mantenga quieta la lengua. Así cogerás por sorpresa a todo el mundo.

—Comprendo. Tú vas a dedicarte a conseguir la revisión de tu proceso.

—Para eso me fugué de la prisión sideral.

Fran salió. Zina se quedó sola, contemplándose durante unos momentos al espejo. Se preguntó si, en lo sucesivo, su vida tendría algún objetivo. Volvería a dirigir la estación de aprovisionamiento de todo para los astronautas, pero… ¿era aquel un modo de vivir?

Trató de desechar tales pensamientos de su imaginación. *La Sirena Cósmica* era suya. Había pagado un precio muy alto. Y no estaba dispuesta a que un desaprensivo se quedara con lo que no le pertenecía.

* * *

Jim Bwitt se sentó ante la mesa y miró a su antiguo capitán.

—He encontrado a uno de ellos —anunció.

—Magnífico —aprobó Fran—. ¿Has hablado con él?

—No. Estimo que es mejor que le dé usted una sorpresa.

Fran rio suavemente.

—Eres un hombre astuto —calificó—. ¡Eh, guapa! —llamó a una de

las camareras que pasaba en aquel momento junto a la mesa.

La mujer se le sentó sin aprensión alguna en las rodillas.

—Dime, encanto —exclamó, a la vez que buscaba con ansia los labios del terrestre.

—¿Qué les da usted, capitán? —dijo Bwitt riendo—. Tengo calambres en el párpado derecho, de tanto hacerle guiños a esta chica. Ella ni me miró siquiera.

—Tú no has luchado con un xapphariano —contestó la camarera, sin soltar los brazos del cuello de Fran—. ¿Qué te sirvo, buen mozo?

—Una botella de lo mejor y dos copas, hermosa.

—De acuerdo, pero con una condición.

—Sí, lo que digas.

—Ven a la noche a tomar una botella conmigo.

—De acuerdo.

La camarera se levantó. Fran y Bwitt tomaron un par de tragos.

Luego, el joven, se puso en pie.

—Vamos, Jim.

—Sí, capitán.

Cuando iban a salir, una mano femenina retuvo a Fran por el brazo.

—Me llamo Sya, no lo olvides —dijo la camarera.

Fran se inclinó para besarla.

—El vino, que sea del mejor —recomendó

—Descuida.

Los dos hombres salieron a la calle. Pronto anochecería.

—El tipo se llama Mikor. Vive con mucho lujo, capitán —informó el antiguo tripulante.

—Le pagaron bien su perjurio —supuso Fran.

Media hora más tarde, llegaron a una casa aislada, en el límite de la ciudad proscrita. La ciudad de los nativos se extendía a lo lejos, con el palacio del Megaducado alzándose sobre la eminencia que era conocida con el nombre de Monte de la Prosperidad.

Allí, seis días más tarde, Zina debería presentar su reclamación ante el Primer Servidor. Probablemente, en presencia de la Megaduquesa. Ello daba más prestancia al acto.

Llegaron a la puerta. Fran oteó el interior.

—No se ve a nadie —dijo.

—Entraremos —exclamó Bwitt—. Estamos en la zona de los nativos. Aquí no suele haber robos ni crímenes. Generalmente, sólo las mujeres

cierran la puerta… cuando ya tienen alguien dentro.

Fran sonrió. Su antiguo subordinado estaba en lo cierto. Las leyes hulthonianas eran muy estrictas y se cumplían de un modo tajante. Claro que siempre había excepciones… él mismo había sido una excepción, pero no todos eran comerciantes, propietarios de una astronave y dueños de un cargamento valorado en casi diez millones de «áureos». Casi resultaba lógico que se hubiera excitado la codicia de Yildon, el sedicente Primer Servidor, pero que, en realidad, tenía a todo el pueblo hulthaniano a su servicio.

Entraron en la casa sin dificultad. No había el menor rastro de Caetus Mikor.

—Se habrá largado —apuntó Bwitt.

De pronto, cerca de uno de los rincones de la sala, Fran divisó un pequeño montoncito de polvo gris. Se acercó, acuclillándose, humedeció la yema del índice, tomó una leve muestra del polvo y luego se acercó el dedo a la nariz.

Olió un par de segundos. A continuación, acercó el índice a la nariz de Bwitt.

—Huele, Jim.

—Cenizas humanas —diagnosticó Bwitt instantáneamente.

—Exacto. Eso es todo lo que queda de Mikor.

Bwitt se estremeció.

—Han usado una pistola termonuclear al máximo de potencia —murmuró.

—Así es. Jim, esto me da mucho que pensar.

—Conocen su escapatoria de la prisión sideral. ¿Saben que está aquí, en la ciudad proscrita?

—Tal vez, si los Rxómini lo comunicaron a la jefatura de la guardia megaducal. Pero cabe otra posibilidad. Quizá Mikor resultó demasiado ambicioso y pidió más de lo acordado por su perjurio.

—También pudo haber ocurrido así —convino Bwitt—. Bien, ¿qué hacemos, capitán?

Fran meditó durante unos segundos.

—No has encontrado rastro del otro testigo, Hanon —dijo al cabo—. Quizá se ha escondido, porque teme correr la suerte de su compinche. Bien, vamos a ver si lo sacamos de su escondite.

—¿De qué forma, jefe?

—Haz correr la voz de que hay alguien que pagará quinientos

«áureos» por entrevistarse con Tixl Hanon. Ahora bien, aunque lo conozco personalmente, no quiero supercherías, es decir, a alguno podría ocurrírsele la idea de presentarme a un doble para cobrar los quinientos «pavos». Te daré dinero y comprarás un comprobador de fórmula orgánica y una buena lupa. Entonces irás al registro y pedirás las huellas dactilares y la fórmula orgánica Hanon. Los encargados de los registros suelen ser formales en sus funciones, pero conviene que nos aseguremos de su silencio con cien «áureos», por ejemplo. ¿Has entendido?

—Sí, desde luego.

Fran sacó un fajo de billetes.

—Ahí van mil. Actúa con discreción o te rebanarán el pescuezo. Ah, y si cien «áureos» te parece poco para el encargado del registro, aumenta la cantidad. No derroches el dinero, pero no lo escatimes.

—Capitán, cuento con un puesto a bordo cuando recupere su nave —sonrió Bwitt.

—Primer contramaestre —decretó Fran.

* * *

Dos noches después, actuando con infinita cautela, Fran esquivó los puestos de centinela situados en torno al palacio de la Megaduquesa y buscó la gran terraza en la que, en más de una ocasión, había bebido una buena copa de vino con el difundo Megaduque.

Avanzó paso a paso entre las espesas frondas del jardín que rodeaba el edificio. La terraza estaba a más de veinte metros de altura del suelo, pero él sabía cómo llegar hasta arriba.

Había algo de luz en la terraza. Agazapado al pie, entre dos espesos arbustos de flores, aguardó un rato. De pronto, oyó una voz femenina, dulce y acariciante. La voz de un hombre le hizo el contrapunto.

—No tengo ganas de beber, señora —dijo el hombre.

—¿Por qué? Es el mejor de los vinos, precisamente lo que necesitamos para que se nos encienda la sangre en las venas…

Fran meneó la cabeza. A qué extremos había llegado la hermosa y ponderada Ophyria, se dijo.

Lentamente, empezó a trepar, aprovechando los troncos de las espesas enredaderas que cubrían aquella parte de los muros. Para la ocasión, se había vestido con un traje enteramente negro, incluso la cara, de modo que sólo dejaba libres los huecos de los ojos, la nariz y la

boca.

Momentos después, llegaba a la balaustrada. Asomando los ojos al nivel del suelo, divisó a Ophyria, acompañada de un hombre apuesto y joven.

El cabello de Ophyria, rubio, dorado, pendía suelto a lo largo de su espalda. Ella vestía un simple peinador de tules, casi enteramente transparente, que permitía ver la escultura perfecta de un cuerpo de Venus.

Sonreía, con una copa de rojo vino en la mano. El joven, situado frente a ella, sonreía también.

Había una luz especial en los ojos de Ophyria. Fran la conocía bastante bien. El cambio realizado en la mujer era extraordinario.

Ophyria y su galán bebieron. El dejó la copa a un lado y la abrazó. Ophyria no opuso la menor resistencia, antes al contrario, devolvió los besos de su enamorado con singular ardor.

De pronto, él se separó un poco.

—Ophyria, tengo que hacerte una pregunta —dijo.

—Habla —invitó ella, con los brazos todavía en torno al cuello masculino.

—¿Es cierto que debo morir dentro de unas horas, antes de que salga el sol?

—Pero, qué tonterías dices… Querido, tú vivirás muchos años, a mi lado… Ven…

La voz de Ophyria sonaba con trémolos terriblemente incitantes. El joven se dejó llevar.

Fran aguardó todavía unos minutos. Luego, en medio de un silencio absoluto, saltó a la terraza.

CAPÍTULO VIII

Paso a paso, se acercó a la mesa, donde todavía estaban las copas y la botella. Olió las copas y luego destapando la botella, se la acercó también a la nariz.

Pendiente del cinturón, llevaba una especie de escarcela, de la que sacó una cajita de forma oblonga. En la cajita había una especie de jeringuilla, con la que tomó unos veinte centímetros cúbicos del vino contenido en la botella.

Precintó la jeringuilla con sellos también llevados en la bolsa. Luego guardó todo.

Escuchó con gran atención. No se percibía el menor sonido.

Buscó un lugar discreto de la terraza y se sentó. El sueño le venció y durmió así unas cuantas horas. Cuando despertó, le pareció que ya era hora de actuar de nuevo, aunque todavía no había amanecido.

Paso a paso, cruzó la sala y se asomó a una puerta. El invitado dormía como un tronco.

Ophyria, en cambio, estaba despierta apenas vestida y en pie, junto al lecho. En la mano llevaba un puñal de filo aguzadísimo. Sus ojos relucían como los de una tigresa.

Fran apartó ligeramente las cortinas. Ophyria no se había dado cuenta de su presencia. Ni advirtió nada, hasta que un puño golpeó secamente su mentón, cuando ya el puñal estaba a punto de descargar el golpe fatal.

Fran tuvo tiempo de recoger en brazos a Ophyria y depositarla en la cama. Acto seguido, cargó con el inconsciente sujeto y se lo llevó hasta la terraza.

Había ido prevenido para la ocasión. Desenrolló una cuerda que llevaba a la cintura, la enganchó a la balaustrada por uno de los

extremos y ató el otro a la cintura del amante forzoso. Así lo descolgó sin impedimentos.

Luego se descolgó a su vez. Desató la cuerda, cargó por segunda vez con el cuerpo del individuo y echó a andar en busca de la salida.

Antes de que saliera el sol, estaba en su habitación del hotel. El joven seguía dormido.

Fran recurrió a la ducha para despertarle. Los ojos del hombre se abrieron torpemente minutos más tarde.

—Ophyria —dijo.

—No soy Ophyria.

El joven se sentó en la cama y miró a Fran con sorpresa.

—¿Quién es usted? ¿Por qué no estoy con la Megaduquesa? —exclamó.

—En primer lugar, dígame su nombre. Yo soy Fran Villord. ¿Cómo se llama usted?

—Rybor. Pero yo tenía que estar ahora con Ophyria… ¿Qué ha hecho de ella? ¡La ha asesinado, canalla!

Rybor estaba loco. Fran le calmó, recurriendo al expeditivo método de usar su puño derecho. Luego lo ató y amordazó sólidamente, utilizando para ello tiras de las sábanas de su cama.

Cuando terminó, era día claro. Bajó a la planta y buscó a Rado.

—Quiero que me hagas un favor, dos, mejor dicho —pidió.

El hotelero le miró recelosamente.

—Me vas a comprometer…

—Estamos en la ciudad proscrita. Nadie te hará el menor daño, mientras no te metas con un nativo, salvo que éste te provoque.

—De acuerdo —se resignó Rado—. ¿Qué quieres?

—Arriba, en mi cuarto hay un pájaro medio loco. No consientas que se suelte de sus ligaduras ni que salga del dormitorio para nada.

—¿Qué más, Fran?

—Dime el nombre de un buen analista químico.

Rado meditó un instante.

—Ehar de Thaine —dijo al cabo—. Caro, pero bueno. También prepara venenos

—Y filtros amorosos, ¿no es cierto?

Rado soltó una risita.

—No he conocido mejor filtro amoroso que un buen puñado de «áureos» —contestó cínicamente.

—O una llamada de la Megaduquesa. ¿Dónde vive Thaine?

—Calle de la Desesperación, número trescientos diez.

—Adiós, E.

—Suerte, Fran.

Zina apareció en aquel momento.

—He oído ruido en tu cuarto —dijo.

—Sí —contestó Fran.

—Diríase que has estado en agradable compañía.

—La vida es bella y soy joven —sonrió el terrestre. Y, silbando alegremente, salió a la calle, dejando a Zina perpleja y furiosa a un tiempo.

—¿Había una mujer en su cuarto, E? —preguntó ella al hotelero.

Rado se encogió de hombros.

—Nunca hago preguntas a mis huéspedes —contestó—. Ni tampoco a usted, por supuesto.

Ella se puso colorada. Había tenido la réplica que merecía, se dijo.

* * *

El analista examinó críticamente la muestra que le entregaba su temprano cliente.

—Tardaré —dijo al fin.

—No importa. Esperaré.

—Quizá me cueste varias horas…

—Esperaré —repitió Fran, tercamente.

Thaine se encogió de hombros.

—Tengo otros trabajos pendientes —alegó.

Impasible, Fran sacó dinero del bolsillo.

—Quiero que empiece ahora mismo —exigió.

—Cincuenta «áureos».

—Hecho.

Thaine se arrepintió de no haber pedido el doble, pero ya era tarde. Su cliente era un hombre alto, musculado y de aire resuelto. Podía retorcerle el cuello con toda facilidad.

—Ven al laboratorio —indicó.

En la puerta quedó colgado un cartel que decía: CERRADO POR ENFERMEDAD. Mentalmente, Fran alabó la precaución del analista.

Era cerca de mediodía, cuando Thaine le entregó el resultado del

análisis.

—Muy notable —comentó Fran, después de la lectura del documento.

—Sí, realmente, muy notable —convino Thaine—. ¿De dónde has sacado ese vino?

—¿Has preparado tú la droga?

—No, por todos los diablos. Sólo un hombre podría hacerlo…

Fran sacó dos billetes de veinte «áureos».

—Dime su nombre y dirección —pidió.

Thaine accedió. Fran se despidió de él.

—El dinero que te he dado incluye también el precio de tu silencio —dijo.

—Nunca podrías saber lo que otro cliente cualquiera me encarga, aunque me dieras mi propio peso en billetes de mil «áureos». La discreción es la garantía de mi supervivencia, ¿comprendes?

Fran lanzó una risita y se dirigió hacia la salida.

La calle de la Desesperación merecía el nombre. Era angosta y retorcida, y las casas mostraban, en general, un pésimo estado. En aquellos momentos, mediodía, no se veía una sola persona.

A Fran no le extrañó la soledad de la calle. La ciudad de los proscritos empezaba a animarse al atardecer. La vida se desarrollaba casi enteramente por la noche, hasta las proximidades del alba.

Un hombre surgió bruscamente de un portal, a cuatro pasos de distancia. El individuo no parecía tener las piernas demasiado firmes. Fran sonrió; todavía le duraba la resaca.

El sujeto le miró casualmente. Un gesto de sorpresa se dibujó en su cara, pero Fran, preocupado con sus pensamientos, no lo advirtió.

De repente, Fran oyó una voz a sus espaldas, a la vez que notaba el contacto de algo duro a la altura del cinturón:

—Si te mueves, considérate humo.

* * *

Fran levantó las manos en el acto.

Detrás de él sonó una risita.

—Bastante dinero —contestó el individuo—. Mil «áureos» por tu cabeza, vivo o muerto.

Fran se puso rígido.

—Apuesto doble contra sencillo a que perteneces al clan de los Rxómini.

—Has ganado la apuesta. Y ahora, camina delante de mí. Vamos al primer puesto de guardia, donde te entregaré y me acreditarán la recompensa.

—A Durd Rxómini le sabrá mal que le dejes sin su parte del pastel —dijo Fran, mientras procuraba mantener la serenidad.

—Durd y su hermano Kittron están aquí. Se divertirán mucho cuando sepan que te he capturado. Vamos, camina.

Fran continuó inmóvil.

—Tengo dinero…

—No —contestó el capturador.

Entonces, Fran se llenó los pulmones de aire y giró velozmente sobre sí mismo, a la vez que elevaba el pie derecho.

La pistola voló por los aires. El capturador lanzó un grito de rabia.

Momentáneamente, había quedado desarmado, pero aún tenía su machete a la cintura. Desenvainó el arma y se arrojó sobre Fran, todavía caído en el suelo.

Fran giró sobre sí mismo. El acero arrancó chispas del empedrado. Un salto agilísimo, aprovechando la pérdida de iniciativa de su antagonista, le llevó a situarse a la espalda de éste.

Agarró con fuerza la muñeca que sostenía el machete y la retorció por completo. Al mismo tiempo, hacía palanca con la mano izquierda, para arquear hacia arriba el cuerpo del capturador.

De pronto, empujó hacia adelante. El machete se clavó en el pecho del sujeto. Se oyó un gruñido. Luego, una tos agónica.

Fran se puso en pie. El capturador se convulsionaba en el suelo.

—Buena pelea —dijo alguien.

Fran elevó la vista. Una mujer todavía joven, pero de rostro gastado, le miraba desde una ventana situada a tres metros del suelo.

—Quería robarme —dijo.

—Entonces, has hecho bien. Sube y tomaremos una copa para celebrarlo.

—Otro día. Ahora tengo prisa.

La calle continuaba desierta. El capturador se había quedado inmóvil.

Fran sacó una moneda de oro y la lanzó hacia arriba. La mujer adelantó hábilmente el busto y la moneda desapareció en su escote.

—Suerte, buen mozo.

Fran le tiró un beso con la mano. Luego siguió adelante.

Cinco minutos más tarde, un miembro del grupo de enterradores apareció en la calle. Registró el cadáver. Una mueca de disgusto apareció en su rostro al ver que no encontraba más que media docena de monedas de metal corriente.

—Seis centésimos de «áureo» —dijo despectivamente—. Irá a parar a la fosa común.

El muerto no protestó.

* * *

Fran entró en su habitación. Rybor, todavía atado y amordazado, le miró de mal talante. Fran no hizo caso de su mirada y le quitó la mordaza y las ligaduras de las manos.

—Suéltame por completo —exigió Rybor—. Debo volver junto a Ophyria. Ella me ha elegido…

—Cállate, idiota —le apostrofó Fran rudamente—. ¿Es que no te acuerdas de lo que pasó anoche?

—Nunca lo olvidaré…

—De no haber sido por mí, ahora estarías muerto.

—Eso es mentira. Ophyria no es una asesina.

Fran arrugó el entrecejo.

—Tú no eres de Hulthania —dijo.

—No. Soy de Urth-Btor. Vine a Hulthania en viaje de negocios y la Megaduquesa me envió un mensaje para que cenase con ella.

—Bebiste vino, claro.

—Por supuesto, pero…

—¿Qué sucedió después de la cena?

Rybor se pasó una mano por la frente.

—Es curioso —dijo—. No consigo recordar… Ophyria se mostró muy atenta y amable conmigo, incluso cariñosa, diría yo…

—Pero no sabes lo que pasó después de la cena.

—No, sólo sé que tomé los postres y que luego fui a la terraza con ella. Estaba encantadora, seductora… Bebimos unas copas de vino…

—Y te despertaste aquí.

—Sí.

Fran sacó un documento del bolsillo.

—Lee, tonto —dijo.

Rybor obedeció. El asombro se pintó en su rostro cuando hubo terminado la lectura del documento.

—Pero esto… es increíble… Entonces, las leyendas que corren sobre Ophyria…

—Son auténticas, Rybor.

De repente, se abrió la puerta.

—¡Ya tenía ganas de pillarte, granuja…!

Zina se interrumpió bruscamente. Fran se volvió, con la mano en la culata del revólver que había adquirido a poco de su llegada a Hulthania.

—Has estado a un milímetro de la muerte, Zina —dijo severamente —. ¿Es que no sabes llamar a las puertas antes de entrar?

Ella se sentía atónita.

—Yo creí…

—Tú creíste que tenía a una mujer en mi cuarto, ¿verdad?

—¿Quién es esa joven? —preguntó Rybor.

—Te presento a una chica tonta llamada Zina de Kyx. Zina, este muchacho es Rybor, de Urth-Btor.

—Hola, Rybor —dijo Zina, colorada hasta las orejas.

—¿Qué tal? —sonrió Rybor.

—Entra y cierra la puerta de una vez —rezongó Fran.

Ella obedeció.

—Tienes que dispensarme —suplicó humildemente—. Yo, pensé…

—No importa ahora lo que pensaras. Rybor —dijo Fran—, ¿estás convencido?

—Ahora, sí —contestó el prisionero.

—Aquí estarás seguro. Sigue unos cuantos días, hasta que yo te lo diga. Me creas o no, saliste de palacio por puro milagro. Ophyria iba a degollarte.

Rybor se estremeció.

—Pero, ¿qué ansia insaciable se ha apoderado de esa mujer? ¿Por qué mata a todos sus enamorados? —exclamó.

—La respuesta está en el documento que te he enseñado, Rybor.

—¿Puedo leerlo? —pidió Zina.

Fran se lo entregó. La joven lanzó una exclamación de sorpresa.

—Fantástico —dijo.

—Pero absolutamente real. Y esta misma noche, un tipo llamado

Aki-Tsuso me lo va a confirmar de un modo inapelable.

CAPÍTULO IX

—Iré contigo —dijo Zina, en el momento en que Fran se disponía a salir del hotel.

—Estás loca —rezongó Fran, hosco.

—Este asunto me atañe tanto como a ti. Y pienso que todo se deriva de la muerte del Megaduque.

—Es probable que tengas razón —admitió él—. Bueno, ven conmigo, pero no empieces a chillar ni a ponerte histérica. Puede que las cosas acaben mal, ¿comprendes?

Zina palmeó orgullosamente la culata de su revólver destructor.

—No es agradable decirlo, pero ya lo he usado una vez —dijo.

Fran se echó a reír. Luego agarró a la joven por un brazo y la empujó hacia la salida.

Las calles hervían de gente. Sonaban risas, músicas y gritos por todas partes. De cuando en cuando se cruzaban con una patrulla de guardias del Megaducado. Los guardias no molestaban a los proscritos.

Una plataforma volante, llena de turistas, desfiló lentamente por la calle principal. Estaba movida por antigravedad y consistía, prácticamente, en una gran plancha de metal, con sesenta asientos en cuatro filas. Los turistas contemplaban el espectáculo de la ciudad proscrita con los ojos desmesuradamente abiertos.

En la proa de la plataforma, el conductor y guía señalaba los lugares más conocidos. También señalaba a algunos de los más famosos proscritos, muchos de los cuales tenían varias muertes sobre sus conciencias. Los habitantes de la ciudad salvaje no molestaban en absoluto a los turistas; la pena, en un caso semejante, era la de expulsión a su planeta original, donde, seguramente, tenía graves deudas que pagar con la justicia.

Fran y Zina caminaron a buen paso. Vestían ropas corrientes, para no llamar la atención. Poco más tarde, llegaron a los límites de la ciudad.

Un guardia les salió al paso.

—Alto. No se puede seguir —dijo.

Fran no se inmutó.

Cinco «áureos» cambiaron de mano. El guardia miró instantáneamente hacia otro lado.

—Sigamos, Zina.

—Sabes manejar bien a esos tipos —comentó ella.

—Hulthania es un mundo corrompido. Hardikus quería sanearlo, pero no tuvo tiempo. No le dejaron, simplemente.

—Es un planeta neutral. Si desaparecen los proscritos, Hulthania se empobrecerá —alegó ella.

—Hasta que los hulthanianos aprendan a trabajar y no vivan a costa de los proscritos.

—Eres muy tajante en tus juicios. Y, además, puritano, cosa que no hubiera sospechado en ti.

—Hulthania es la vergüenza de la Galaxia, bueno, al menos, de este sector galáctico. Los proscritos viven del robo y del saqueo; de cuando en cuando, suben a sus naves y piratean en el espacio. Cuando las fuerzas de la ley los persiguen, vienen a refugiarse aquí.

—Eso es algo inmemorial…

—Nada de inmemorial. Cuando Hulthania se unió a la Federación de Sistemas, lo hizo bajo la condición de una absoluta no intervención en los asuntos propios. Una idea del abuelo de Hardikus, ¿comprendes?

—Sí. ¿Qué más?

—Simplemente, la Federación se ve obligada a respetar el pacto. Sabe que los ladrones y asesinos son aquí moneda corriente, pero no puede hacer nada por evitarlo. Hardikus quería acabar con este estado de cosas.

—Y por eso murió.

—Supongo. Pero ya me lo contará la viuda un día de éstos.

Zina respingó.

—¿Es que vas a ver a Ophyria? —preguntó.

Fran sonrió.

—Me invitará a cenar una noche próxima —contestó.

Zina fue a decir algo, pero se contuvo.

Si Fran se dejaba invitar a cenar por Ophyria, moriría al amanecer siguiente. ¿Cómo era capaz de afrontar un riesgo semejante?

De súbito, Fran se paró ante una casa de aspecto corriente.

—Aquí es —dijo.

—¿Quién vive en esta casa? —preguntó Zina.

Fran alzó la mano para llamar. Súbitamente, la puerta se abrió y un hombre salió a todo correr de la casa.

El individuo parecía tener mucha prisa, porque atropelló a la joven, derribándola con los pies por alto. Zina lanzó un grito de sorpresa.

El sujeto, no menos sorprendido, se tambaleó. Fran saltó sobre él y lo agarró por el cuello, pero el hombre se revolvió con una pistola termonuclear en la mano.

Fran asió velozmente la mano armada y la retorció de un seco golpe. El arma se disparó con un vivísimo fogonazo.

Un cuerpo humano empezó a convertirse en humo. Fran saltó a un lado.

Tendida en el suelo, Zina contemplaba horrorizada la escena. El hombre, tras unos segundos de inmovilidad, se deshizo en un humo denso y apestoso del que, a los pocos segundos, no quedaba el menor rastro en la atmósfera.

En el suelo quedó un montoncito de polvo oscuro. Fran lo vio y se sintió presa de un terrible presentimiento.

—Vamos, Zina —dijo, a la vez que le tendía la mano.

Ella se puso en pie.

—¿Qué ha ocurrido, Fran? —preguntó temerosamente.

—En seguida lo sabremos —respondió él.

Entraron en la casa. Momento después, Fran descubrió en el suelo un segundo montón de polvo.

—Y esto es todo lo que queda de Aki-Tsuso, químico —dijo.

Zina le miró estupefacta.

—Sólo quería efectuar una comprobación —dijo—. Anda, vámonos; el brazo de Omur Yildon es muy largo y no tengo ganas de que llegue hasta aquí.

—Me pregunto por qué envió a asesinar a Aki-Tsuso —dijo ella—. Porque es de suponer que el químico murió por orden suya.

—Rydor no estaba al día siguiente en la cámara de Ophyria ni vivo ni muerto. Yildon receló algo, simplemente.

—Sí, es una explicación sensata —convino Zina, mientras caminaban

—. Ah, ya tengo todos los documentos que me indicaste.

—Pasado mañana tendrás ocasión de mostrarlos en público —contestó él.

* * *

Al día siguiente, Rado, el hotelero, entregó un paquete a su huésped. Fran y Zina estaban en la habitación del primero, charlando con Rydor.

—Para ti, Fran —dijo Rado.

Era una caja de forma cúbica, de unos cuarenta centímetros de lado. No parecía muy pesada y estaba muy bien envuelta.

Fran torció el gesto.

—No será una bomba —dijo.

—Lo he comprobado con mi detector —manifestó Rado—. Una vez, enviaron una bomba a uno de mis huéspedes. Una mujer celosa, claro. La prójima me destrozó medio hotel. Entonces me prometí que no ocurriría más.

Fran sonrió.

—¿Qué le pasó a la mujer celosa? —inquirió.

—Al día siguiente, dejó de sentir celos de nadie —contestó Rado significativamente.

—Está bien, gracias, E.

Rado se marchó. Fran quitó la envoltura del paquete. Debajo del papel había una caja de madera fina, con una sencilla cerradura de presilla.

Levantó la tapa. Zina vio lo que había allí, lanzó un grito y se desmayó.

Fran lanzó un terrible juramento. Los ojos de Jim Bwitt le miraban con una última expresión de horror en su rostro lívido.

Junto a la cabeza de Bwitt había un mensaje, escrito en hulthaniano, idioma que Fran conocía a la perfección. Leyó el mensaje:

> *CORTAR LA CABEZA ES MAS SENCILLO Y EFECTIVO QUE CORTAR LA LENGUA DEL QUE HACE DEMASIADAS PREGUNTAS.*

CAPÍTULO X

La multitud se agolpaba en la gran explanada que había frente al palacio de la Megaduquesa. Delante de la gran puerta de acceso, se había levantado un estrado, protegido por un enorme *velarium* de fajas rojas, verdes y azul pálido colores de la bandera de Hulthania. Los guardias, con sus enormes lanzas radiantes, de cinco metros de longitud, protegían el estrado.

Había dos sillones, uno sumamente lujoso, otro algo más sencillo. El primero era destinado a la Megaduquesa; el otro sería ocupado por el Primer Servidor, cuando diese comienzo al acto.

La gente se portaba con singular comedimiento. Se oían murmullos y risas discretas, pero no voces destempladas. Además de los guardias con las lanzas radiantes, había dos compañías de soldados armados alternativamente con fusiles destructores y neurónicos. Todo el que quisiera formular una petición podía hacerlo, pero siempre dentro del orden más estricto.

De repente, se oyeron unas trompetas que sonaban a través de la red de altavoces que había por todas partes. Apoyada en el brazo de su primer ministro. Ophyria hizo su aparición.

Las peticiones se dirigían a Yildon, que era quien resolvía sobre el caso en particular.

—A veces, Ophyria interviene, pero no es muy corriente —murmuró Fran, inclinándose hacia la joven.

Los ojos de Zina estaban fijos en la bella y cruel mujer, de la que se decía que cada día mataba a un amante. Ophyria vestía una lujosa túnica roja, con enormes grecas de oro y diamantes, que le llegaba hasta los pies. Sobre la cabeza llevaba la cinta de platino, con leves puntitas redondeadas en el borde superior, que era la insignia de su rango.

Yildon vestía mucho más sencillamente: traje gris, con delgados

bordes de oro, compuesto de chaqueta, pantalones y botas de media caña. No llevaba ninguna insignia.

Ophyria se sentó. Yildon lo hizo a su derecha, a un nivel veinte centímetros más bajo. Ella hizo un gesto con la mano.

Un oficial de la guardia se adelantó y leyó el nombre del primer peticionario. Un hombre salió de la multitud, tomó el micrófono que le ofrecía otro oficial y pronunció su petición, de modo que le oyera todo el mundo.

La respuesta de Yildon fue escuchada asimismo por todos los presentes. Fue afirmativa, lo que arrancó aplausos de la multitud.

Casi todas las peticiones eran atendidas. Fran pensó en la astucia de Yildon; con su benignidad, se atraía el afecto de los hulthanianos.

Fran estaba en primera fila. Casi constantemente, miraba a Ophyria. Se había vestido con cierta elegancia, poniéndose un traje que hiciera resaltar su poderosa musculatura. De cuando en cuando, percibía las miradas de Ophyria y se daba cuenta de que ella trataba de reconocerle o, por lo menos, de recordar dónde lo había visto antes.

De pronto, se oyó un grito:

—¡Zina de Kyx!

La joven adelantó un paso, llevando en la mano derecha un rollo de papeles. Tal como le había aconsejado Fran, se había vestido con gran elegancia para la ocasión, un traje muy parecido al de Ophyria, aunque de color negro y con las grecas bordadas en plata y más estrechas.

—¿Qué reclamas, mujer? —preguntó Yildon.

—Mi negocio, robado por un desaprensivo —contestó Zina resueltamente—. Soy la dueña de *La Sirena Cósmica*. Lon Khazhan falsificó los documentos e hizo constar que se había casado conmigo, para heredarme como mi viudo. No es cierto, nunca me casé con él y estoy viva. Por tanto, reclamo se me devuelva la propiedad de la estación de aprovisionamiento espacial.

Yildon se sobresaltó. Fran se dio cuenta de que el sujeto había sido atrapado en su propio cepo.

—¿Tienes documentos que acrediten tu petición? —preguntó Yildon.

—Aquí están. Estos documentos prueban mi identidad sin duda alguna, así como la propiedad de la estación sideral mencionada. Solicito también una prueba pericial de la anotación en el registro de matrimonios. Si hay una firma mía, sería falsa.

Yildon hizo un gesto de asentimiento. Un oficial avanzó hacia la joven y tomó los documentos.

—Se hará justicia, mujer —aseguró Yildon.

—Gracias, señor —contestó Zina.

De repente, Ophyria alargó el brazo.

Yildon se volvió hacia ella. Ophyria insistió en el gesto.

Instantes después, un oficial se acercaba a Fran.

—Su Grandeza, la Megaduquesa, te invita a cenar esta noche —anunció—. A las siete y media en punto.

Fran se inclinó.

—Es para mí un honor aceptar la invitación de Su Grandeza —aseguró.

Zina había dado ya media vuelta. La multitud les abrió paso, murmurando comentarios de admiración.

Fran la alcanzó minutos más tarde.

—No conseguiré nada —dijo ella, desanimada.

—Has puesto en un brete a Yildon —dijo—. Ahora sólo falta esperar la reacción de Khazhan.

—¿Hará algo, Fran?

—Seguro —rio él—. Pero estaremos preparados, no te preocupes.

—Ophyria te ha invitado a cenar. Temo por ti —dijo Zina.

—Ophyria ha hecho, precisamente, lo que yo deseaba —respondió él con acento enigmático.

* * *

Poco después de las dos de la tarde, alguien llamó a la puerta de Zina.

Abrió. Un hombre alto, hercúleo, de rostro desagradable, apareció ante sus ojos.

—Te salvaste de Than-Bisson —dijo Khazhan.

—Tuve la suerte que tú no me deseaste al abandonarme en los páramos helados —contestó Zina sin inmutarse.

—*La Sirena Cósmica* es mía. No la recobrarás.

Zina rio despreciativamente.

—¿Qué parte tiene Yildon en el negocio? ¿Cuánto te ha dado de lo que había en la astronave del capitán Villord?

La cara de Khazhan adquirió un pronunciado color púrpura.

—Aquí se puede contratar a un asesino por veinte «áureos» —dijo.

—Si me matas, todo el mundo lo sabrá en la ciudad de los proscritos.

—Eso no importa…

—Es que no te matará, Zina —sonó de pronto la voz de Fran.

Khazhan se volvió en el acto.

—Ah, el capitán Villord —dijo.

—El mismo. ¿Qué tal, ladrón y asesino?

—¿Te gustaría que te desafiase a un duelo a muerte?

Fran simuló contemplarse las uñas.

—Hace algunos días, me retó un xapphariano. Yo estoy vivo —contestó.

Khazhan se impresionó por la respuesta.

—Yo soy distinto —bravuconeó.

—Sí, ladrón y asesino, cosa que yo no he sido nunca. Lon, cuando te echen de *La Sirena Cósmica*, te irás sin más que lo puesto. Ni siquiera te permitirán llevarte un centésimo de «áureo».

Khazhan lanzó un rugido de rabia, acompañado de una interjección, que era un obsceno comentario a las relaciones entre Fran y Zina. Fran alzó el pie derecho y lo clavó en la ingle del sujeto.

Se oyó un gemido de agonía. Fran levantó ahora la rodilla, al curvarse el otro, y se oyó ruido de cartílagos machacados. Todavía encorvado, Khazhan dio unos cuantos pasos vacilantes, trastabillando, mientras mugía como un bovino herido, hasta que Fran lo despidió finalmente con un terrible puntapié en las posaderas, que lo hizo rodar escaleras abajo, hasta el vestíbulo, en donde quedó inconsciente.

Rado estaba en el vestíbulo, con un individuo vestido de una extraña manera. Los dos hombres respingaron al ver bajar rodando el corpachón de Khazhan.

—Hombre peligroso, el huésped —dijo el acompañante de Rado.

—Sólo cuando le pinchan —respondió el hotelero jovialmente.

Fran había regresado entretanto a la habitación de Zina. Ella le miró largamente, inmóvil, en pie en el centro de la estancia, pero con el pecho fuertemente agitado por la respiración alterada.

—Gracias —murmuró la joven.

—Escuché voces sin querer —manifestó él—. Me pareció que estabas en un apuro.

De repente, Zina pareció sentirse desanimada.

—No sé por qué sigo adelante… A veces pienso que debería volverme a la Tierra… Pero estoy sola, no tengo a nadie, padres, familia, ni amigos… *La Sirena Cósmica* era un buen medio de vida para

mí… ¿No te he contado nunca cómo llegó a mi poder?

—Me prohibiste hablar del tema, recuérdalo.

—Creo que debes saberlo —dijo Zina—. Salí de la Tierra en busca de fortuna. Soy hermosa, lo sé… Alguien, un día, me habló de contratarme como modelo en un planeta muy próspero. Me pidió una comisión, claro; y se llevó casi todos mis ahorros… Adonde yo fui a parar fue a *La Sirena Cósmica*… y no precisamente para exhibir vestidos femeninos. Me sentí desesperada, créeme, porque harto me daba cuenta de la trampa en que había caído. Pero tuve la suerte de que el dueño se encaprichase de mí.

—El buen Imr de Bulh —sonrió Fran—. Demasiado viejo para ciertos caprichos, ¿no crees?

—Puesto que estaba aquí, me decidí a prosperar, no importaba el precio que tuviera que pagar por ello. —continuó Zina con voz átona—. Imr siguió insistiendo, hasta que un día me harté y le planteé la proposición: una partida de juego. Si yo ganaba, me tendría a mí, pero la estación sideral sería mía, con la documentación en regla. Si yo perdía la partida, las cosas seguirían como antes, aunque también me tendría como suya, sin perder el negocio.

—Y ganaste la partida.

Hubo un instante de silencio. Las mejillas de Zina estaban rojas.

—Sí, gané —contestó al cabo.

—Eres muy hermosa, pero… ¿valía la pena jugarse algo que vale millones por tus encantos? Yo no lo hubiera hecho así, créeme.

—Imr pensaba de otra manera. Lo malo es que, apenas hubo firmado los documentos de traspaso, le dio un ataque al corazón. Para evitar suspicacias, hice que le practicaran la autopsia. La muerte fue por causas naturales, no cabe la menor duda.

—Bueno, ganaste, sin tener que pagar…

—Estaba decidida a pagar, Fran.

El joven dudó un instante. Zina era sincera. Ello merecía alabanzas, desde luego.

Pero no pudo decir nada.

Llamaron a la puerta. Abrió. Era Rado.

—Hola —dijo el hotelero.

—Te he visto antes hablando con un «exprimidor» —rio Fran, para aliviar la tensión surgida durante el diálogo.

—¿«Exprimidor»? —se asombró Zina.

—Sí, un recaudador de impuestos. El buen Yildon, El-Que-Sirve-Al-Pueblo, cobra muy caros sus servicios. Su última hazaña ha sido doblarnos los impuestos, que ya habían sido triplicados hace unos cuantos meses.

—Puedes negarte a pagar —sonrió Fran.

—Oh, sí, claro; y como no tengo ninguna cuenta pendiente con la justicia en otro planeta, me enviará por diez años a la prisión sideral de Than-Bisson. Otros, en cambio, serán expulsados, con lo que ya te puedes imaginar qué les pasará… En fin, no he venido aquí a hablar de mis problemas con el fisco hulthaniano, sino a darte un mensaje.

Fran arqueó las cejas.

—¿Quién me lo envía? —preguntó.

—Están en la calle, aguardándote —contestó Rado—. Se llaman Durd y Kittron Rxómini.

Zina lanzó un gemido. Rado se encogió de hombros.

—Lo siento, Fran; eres mi amigo y no quiero que te pase nada. Pero también he de mirar por mi negocio y los Rxómini están armados con pistolas destructoras. La vida está muy cara ahora y los muebles son difíciles de reponer…

Fran sonrió.

—No te preocupes, E —dijo—. Ya has tenido bastante con el apaleamiento de Khazhan. Bajaré y saldré a la calle a enfrentarme con los Rxómini.

CAPÍTULO XI

El hotelero salió. Fran sacó su revólver y examinó la carga. Los proyectiles eran de dieciséis milímetros de calibre, con una pequeña carga de ultraexplosivo en su interior, que los convertía en algo parecido a las antiguas granadas de 40 milímetros. Aun sin explosivo, el impacto de una sola de aquellas balas era suficiente para derribar a un buey.

Zina se aterró.

—No vayas —rogó—. Escapa por una ventana trasera…

—Y, ¿adónde iría? —contestó él—. Si me escapase, no sólo perdería mi prestigio, sino que no podría acudir a la cita con Ophyria. Y eso es algo que me interesa, no sólo para vengar a mi amigo, el Megaduque, sino para recobrar por lo menos mi astronave. Y también quiero vengar al buen Jim, ¿lo entiendes ahora?

—Si te matan, yo…

—Este es un mundo salvaje, en el que hay que ser más salvaje que los otros para sobrevivir —contestó Fran sombríamente.

Y salió de la estancia.

Zina intentó correr tras él. Una mano la sujetó por el brazo.

Ella se volvió. Rybor la miró profundamente.

—Déjelo —murmuró el hombre de Urth-Btor—. Tiene que correr su propio riesgo, enfrentarse a su propio destino.

Zina vaciló un instante.

—Pero si veo que va a perder, le ayudaré, sin importarme lo que digan los demás —exclamó apasionadamente.

Y corrió en busca de su revólver destructor.

Mientras, Fran había salido a la calle. En la acera opuesta, había dos rudos individuos, vestidos con sucios monopiezas de color gris, con las

pistolas al cinto.

Fran estudió unos instantes los rostros de los Rxómini. Luego examinó visualmente sus ropajes: no tenía ganas de que le gastasen una jugarreta, después de haber asegurado que sólo usarían los revólveres.

La gente se había enterado del duelo y estaba agolpada a ambos lados de la calle. Algunos murmuraban que no era justo que un hombre solo combatiese contra dos adversarios. A otros no les importaba; sólo querían disfrutar morbosamente del espectáculo.

Sonaron gritos de ánimo para Fran. En medio de todo, los proscritos de la ciudad salvaje tenían su propio código y el hecho de que se atreviese a enfrentarse contra dos hombres le había granjeado muchas simpatías.

Avanzó unos pasos, separándose cuatro o cinco metros de la puerta del hotel. Zina se había asomado un poco a una de las ventanas del piso superior y contemplaba la escena con temerosa expectación.

—Bien, Durd, Kittron, ya estoy aquí —dijo Fran en voz alta, para ser oído por todos los espectadores.

—Mataste a dos de nuestros hermanos —acusó Durd—. Tenemos derecho a vengarles.

—Olvidas a los otros. Claro, no eran de la familia, sólo asalariados sin importancia —rio Fran—. Pero, ¿por qué no explicas a la gente lo que ocurrió?

—¡Eso no importa ahora! —chilló Kittron.

—Importa mucho. Vosotros no tenéis derecho a estar aquí, al menos, para conseguir el objetivo que es habéis marcado. Vuestro oficio es de los pocos que no se pueden ejercer en esta ciudad.

—Oiga, amigo —dijo uno de los curiosos—, ¿a qué se dedican esos dos tipos?

—Son capturadores profesionales. Conseguí escapar de la prisión sideral de Than-Bisson. Ofrecen una recompensa por mi cabeza.

El hombre lanzó un juramento. Murmullos reprobatorios se elevaron de los espectadores.

Los Rxómini se pusieron nerviosos.

—Estamos aquí sólo por venganza. La recompensa no nos interesa —gritó Durd.

Alguien silbó burlonamente. Fran sonrió. El ambiente general estaba en contra de la pareja de forajidos.

Una chispa de luz dio en los ojos de Zina. La joven, extrañada, parpadeó. Miró en la dirección del chispazo y vio a un hombre

encaramado en el tejado de la casa del otro lado de la calle.

El hombre estaba armado y apuntaba hacia Fran. Zina, sin pensárselo dos veces, hizo fuego.

Sonaron dos detonaciones muy seguidas: el disparo y la explosión del proyectil, ésta sorda y algo apagada, al estallar en el pecho de un hombre. Un cuerpo rodó por el tejado y salió a la calle, en medio del asombro de los presentes.

—¡Tenían a un cómplice emboscado en lo alto de esa casa! —gritó Zina al gentío que se agolpaba a ambos lados del hotel.

Terriblemente furioso, desesperado, Durd Rxómini sacó su revólver con enorme velocidad. Pero ya llevaba medio segundo de desventaja.

Fran hizo fuego. La cabeza de Durd voló en pedazos.

El tronco se mantuvo en pie unos instantes, arrojando ríos de sangre por el cuello decapitado. Luego, de golpe, se vino a un lado. Sus piernas se agitaron espasmódicamente unos segundos, antes de quedarse inmóviles para siempre.

Kittron tenía también su pistola en la mano. Hizo fuego, pero el blanco ya no estaba en el lugar al que había apuntado. Fran rodaba sobre sí mismo, con velocidad increíble. De pronto, se detuvo una fracción de segundo, apuntó y disparó.

Se oyó un horrible alarido. El proyectil hizo desaparecer el brazo izquierdo de Kittron. El capturador se tambaleó, terriblemente pálido. Luego, casi de repente, se desmayó.

Fran se puso en pie. Uno de los cuerpos tendidos en el suelo, llamó su atención. Se acercó a él y le dio la vuelta con el pie.

Movió la cabeza ligeramente. Luego volvió hacia el hotel. Algunos sujetos compasivos se ocupaban de llevar a Kittron a un médico.

Zina corrió a su encuentro.

—Había un tercer hombre emboscado —dijo anhelantemente.

—Sí —convino Fran—. ¿Sabes quién era?

Ella hizo un gesto negativo. Fran se inclinó para besarla suavemente en una mejilla.

—Era Lon Khazhan —dijo.

Los ojos de Zina se desorbitaron. Fran se adentró en el hotel.

—Dispénsame, pero he de bañarme. Debo aparecer elegante cuando me siente a cenar con Ophyria —se disculpó.

* * *

Se había puesto una chaquetilla corta, cerrada, y llevaba en el pecho una gruesa cadena de oro, de la que pendía un vistoso medallón, de más de diez centímetros por dos de grueso. La chaquetilla tenía bordados en oro, y los pantalones, muy ajustados, acababan en unas livianas zapatillas incorporadas a la prenda, con pequeños rosetones en oro y diamantes.

Así parecía un petimetre, aunque, a precaución y mientras estuviese en la ciudad proscrita, debería llevar el revólver. De pronto, oyó la voz de un hombre que, por medio de un megáfono, pregonaba su mercancía:

—¡Pasen, señoras y señores, pasen! Entren y verán la auténtica filmación de la caída de un hombre en la Torre del Fuego Infinito. Pasen y presencien las escenas más emocionantes de la persecución de hombre por los más famosos capturadores de Than-Bisson… Entren, amigos, entren; por medio «áureo» podrán presenciar escenas jamás vistas… También vendo copias de la película, a dos «áureos» por copia…

Fran se detuvo frente al sujeto. Haii Tack le miró escrutadoramente.

—¿No quiere una copia de la más emocionante película de aventuras que jamás se haya filmado en la realidad? —Tack bajó la voz—. Vendo las copias a dos «áureos», pero a usted, noble señor, se la dejaré en uno…

Fran sonrió.

—Seguro que el perseguido lleva barba en esa película —dijo.

—Pues sí… Pero, ¿cómo diablos lo sabe usted? No la ha visto todavía…

—Es que me afeité después de intervenir en la filmación.

Los ojos de Tack se abrieron desmesuradamente.

—¡Villord!

—El mismo. Tú pertenecías a la banda de capturadores…

El hombre hizo un gesto ambiguo.

—¿Qué quiere? La vida, a veces… Pero lo dejé antes de que ellos empezaran a recorrer los alrededores de la Torre. Durd sospechaba que usted podía haber escapado… No me gustaba el oficio, se lo aseguro.

Fran se echó a reír.

—Esto es más tranquilo, ¿verdad?

—No lo sabe usted, capitán —suspiró Tack—. De todos los miembros de la banda, sólo Kittron y yo estamos vivos. Pero Kittron ha perdido un brazo.

—Y tú estás completo.

—Por suerte. ¿No me guarda rencor, capitán?

—No, ya lo he olvidado. Olvídame tú también, ¿quieres?

Tack agitó la mano.

—Nunca le he visto ni sé que paguen una recompensa por su pellejo —contestó.

Fran reanudó su camino. Detrás de él, Tack seguía voceando su mercancía. Tendría éxito; la fama de la Torre del Fuego Infinito era legendaria y no se conocía a nadie que la hubiera atravesado y siguiera con vida.

Poco más tarde, llegó a los límites de la ciudad «salvaje. Una pareja de guardias le salieron al encuentro.

—Soy el invitado de Su Grandeza la Megaduquesa —dijo.

Los guardias le abrieron paso.

—Puede seguir —dijo uno—. Pero no vaya armado.

Fran dejó su revólver.

—Sólo lo llevaba en el interior de la ciudad proscrita —se justificó —. Volveré mañana a recogerlo.

Los guardias cambiaron una mirada de lástima.

—Los hay optimistas —comentó uno de ellos.

Fran no hizo caso y siguió adelante.

Un cuarto de hora más tarde, estaba en las habitaciones particulares de Ophyria. Ella le recibió, deslumbrante de belleza. Su dorada cabellera estaba peinada en forma de pirámide, sujeta por un larguísimo hilo de perlas. En el resto del cuerpo no llevaba joyas.

Ophyria se dejó besar la mano. Luego, con curiosidad, tocó el brazo de Fran.

—Eres muy fuerte —elogió.

—Me gusta cultivar mis músculos —contestó Fran sonriendo.

—¿Y no te gustan las mujeres hermosas?

—Señora…

—Llámame Ophyria y de tú. No me gusta que mis invitados empleen tratamientos ceremoniosos en la intimidad.

—Gracias, Ophyria. Antes me hiciste una pregunta.

—Y no me has contestado —sonrió ella.

—¿No ves la respuesta en mis ojos?

Ophyria le miró de un modo singular. Luego, con gesto seductor, se colgó de su brazo.

—Anda, vamos a cenar.

La mesa estaba ya puesta. No habría testigos durante la cena.

Los manjares eran exquisitos y el vino delicioso. Las pálidas mejillas de Ophyria se colorearon y su rostro adquirió una expresión realmente encantadora.

Después de terminar la cena, ella le propuso un paseo por la terraza.

—Encantado —aceptó Fran.

Ophyria se puso en pie. Llevó las manos a la cabeza y soltó el hilo de perlas, deshaciendo el peinado, para que el cabello pendiera libre y suelto a su espalda.

—Estoy así más cómoda —se justificó.

—Por supuesto.

Llegaron a la terraza. La noche era cálida y perfumada. Ophyria se dispuso a destapar el frasco de vidrio tallado que había sobre la mesa.

—Tomaremos una copa de vino…

—Espera un momento —rogó él—. Si no te importa, quisiera hacerte probar un vino maravilloso, que traje de la Tierra hace algunos años.

Ophyria arqueó las cejas.

—¿Dónde lo tienes? —preguntó.

Fran rio suavemente. Se acercó a la balaustrada, sacó medio cuerpo fuera, alargó el brazo derecho un instante y luego se volvió hacia ella con una botella en las manos.

—Aquí está el vino —dijo.

Ophyria se mostró sorprendida.

—¿Cómo…?

—Lo traje anoche —explicó él—. Quería darte una sorpresa.

—Pero no sabías que te invitaría a cenar…

—Tarde o temprano, cenaríamos juntos —dijo Fran.

Destapó la botella, llenó dos copas y vació la primera de un trago.

—De este modo, puedes ver que no trato de envenenarte —dijo.

Ophyria le miró intrigada. Tras unos momentos de vacilación, tomó su copa y probó el vino.

—Magnífico —alabó.

Fran llenó las copas de nuevo.

—Debemos repetir la libación —dijo un tanto retóricamente.

Ophyria bebió de nuevo. Y también tomó una tercera copa. Jamás, confesó, había probado un vino tan delicioso.

CAPÍTULO XII

De repente, algo estalló en la mente de Ophyria. Un torbellino de vivos colores giró ante sus ojos durante algunos segundos. Vaciló y hubiera caído al suelo, de no ser por los fuertes brazos del invitado, que la sostuvieron hasta que pudo sentarse en un diván.

—¿Qué me has dado? ¿Qué droga has puesto en tu vino? —preguntó.

—Sería más correcto preguntar por la droga que estás tomando desde hace meses —contestó Fran—. ¿No recuerdas ahora quién soy?

Ophyria le miró intensamente.

—Sí, te recuerdo. Tú eras un buen amigo de mi esposo… Te llamas Fran Villord… Pero mi esposo está muerto…

—Eso es algo que no se puede solucionar.

—Yo le amaba, Fran.

—Eres joven y muy hermosa. Tienes derecho a ser feliz de nuevo. Encontrarás a otro hombre al que amar… Pero, dime, ¿qué recuerdas de estos meses transcurridos a partir de la muerte de tu esposo?

Ophyria se pasó una mano por la frente.

—No sé… Creo… que no recuerdo nada…

Desde el diván se veía la mesa con el servicio todavía sin retirar.

—¿Has cenado conmigo? —preguntó ella.

—Sí.

Fran cruzó la sala y entró en el dormitorio. Buscó bajo una de las almohadas y encontró un largo y afilado machete, con el que volvió junto a la joven.

—¿De dónde has sacado esa arma? ¿Dónde estaba? —preguntó Ophyria, atónita.

—La tenías bajo tu almohada. Al levantarse el día, me hubieras

degollado.

—No, eso es imposible —gritó ella—. No soy una asesina…

Fran dejó el acero a un lado y se sentó frente a la joven.

—Ophyria, fui un buen y leal amigo de tu esposo —dijo—. Por ello te voy a ser sincero y te contaré toda la verdad, pero tú, al mismo tiempo, debes ser fuerte. Otro tal vez callaría pero yo opino que no puedes estar ignorante de lo ocurrido de lo que, sin embargo, no tienes la menor culpa.

—Está bien, habla —pidió Ophyria.

Fran inició su relato. Cuando terminó, Ophyria estaba a punto de desmayarse.

El joven se dijo si no habría sido mejor callar la verdad, pero no habría resultado una solución satisfactoria. Ophyria tenía que conocer todo lo ocurrido, al objeto de que, en lo sucesivo, pudiera tomar las decisiones por sí misma.

Llenó las copas de nuevo, ahora con una segunda botella de vino, previamente dejada al pie de la balaustrada, como la anterior. Pero ésta no contenía droga alguna.

El color volvió lentamente a las mejillas de Ophyria.

—No sé si algún día conseguiré olvidar…

—Encontrarás a alguien que colaborará gustoso en esa labor —sonrió Fran.

—Ojalá sea como dices —suspiró ella—. Pero, ¿qué haremos ahora?

—Esperar al nuevo día. Cuando amanezca, haz venir a Yildon. Se asombrará mucho de verme con vida, créeme.

—No podré dormir, Fran —gimió Ophyria.

—Inténtalo, por favor.

El sueño de la joven fue muy agitado. Fran dio algunas cabezadas en un butacón. De cuando en cuando, se levantaba para vigilar a Ophyria.

Faltaba poco para el amanecer, de pronto, oyó ruido en la terraza.

Dos cabezas asomaron sucesivamente por el borde de la balaustrada. Fran se quedó atónito.

—Pero, ¿qué diablos…?

Rybor sonrió.

—Por nada del mundo me perdería el desenlace de este asunto —dijo—. Sobre todo, cuando yo fui protagonista en una ocasión. En cuanto a ella, bien, no hubo modo de que se quedara en el hotel.

Fran volvió los ojos hacia Zina.

—Ella ha venido por curiosidad… y puede que también por celos —rezongó.

Zina estaba colorada hasta las orejas.

—Los celos han pesado menos en mí que tu seguridad —contestó.

Ophyria se despertó al oír voces en la sala. Momentos más tarde, estaba reunida con los recién llegados y con su invitado.

—De modo que este hombre es el único que se ha salvado… —dijo, después de las presentaciones.

Rybor tomó la mano de Ophyria y la besó apasionadamente.

—Estaba destinado a morir por tu mano, pero sigo con vida. Sin embargo, sigo dispuesto a dejarme matar por ti —contestó.

Ophyria se ruborizó. Fran decidió cortar la escena.

—Bien —dijo—, creo que ya es hora de llamar al traidor.

* * *

Omur Yildon compareció, altanero y arrogante, pero desconcertado al ver a Fran con vida. Detrás de él entraron dos oficiales de su guardia personal.

—Me has llamado, señora —dijo, inclinándose cortésmente.

—Voy a cesarte en el cargo —anunció Ophyria—. Ya no eres mi primer ministro y, además, haré que te juzguen por asesinato.

Yildon respingó.

—Señora, ¿quién ha inculcado en tu mente ideas tan disparatadas? —exclamó, ante la perplejidad y el asombro de los oficiales de la guardia.

Ophyria señaló el frasco de vidrio, con su contenido de vino intacto.

—Me has tenido drogada desde pocos días después de la muerte de mi esposo. Durante todo este tiempo, todas, o casi todas las noches, procurabas que yo invitase a cenar a un hombre, a quien, indefectiblemente, daba muerte al amanecer.

—Era tu capricho y mi deber era complacerte —gritó Yildon.

—Eran los efectos de la droga, que alguien ha hecho desaparecer para siempre de mi organismo.

Yildon volvió los ojos hacia Fran.

—Ha sido usted el que le ha…

Fran no se inmutó.

—Estuve aquí cierta noche y salvé la vida de un negociante llamado

Rydor, de Urth-Btor. Al mismo tiempo, tomé una muestra del vino que se bebía aquí durante la cena. Un analista llamado Thaine examinó la muestra y encontró una droga anuladora, cuyos efectos duraban, como mínimo, veinticuatro horas. En algún momento, usted inculcaba en la mente de Ophyria la idea de que debía matar al amanecer a su invitado de la noche y ella cumplía sus órdenes, bajo los efectos de la droga elaborada por Aki-Tsuso, muerto posteriormente para que no hablase.

—Pero eso es un disparate —exclamó Yildon—. ¿Por qué había de influir yo en ella para que observase un comportamiento tan cruel?

—Hay muchas razones, pero la principal de todas ellas era procurar el desprestigio de la Megaduquesa, quien, en un principio, estaba dispuesta a seguir la política de Hardikus, su esposo. A Hardikus no le gustaba en absoluto la pésima fama de Hulthania. Quería, simplemente, suprimir la ciudad de los proscritos. Es una buena fuente de ingresos para el erario público, pero más para algunos particulares, el suyo, por ejemplo, Omur Yildon.

»Además, era preciso tener en cuenta la opinión de los restantes planetas federados. A ningún gobierno le gustaba la idea de que sus criminales y forajidos pudieran refugiarse y vivir aquí impunemente, y salir luego al espació a piratear, sin que luego se les pudieran exigir responsabilidades. Hardikus quería acabar con el actual estado de cosas y usted lo hizo asesinar, aunque, eso sí, disfrazando su muerte de un incomprensible suicidio. Y como la viuda quería seguir su misma política, usted la hizo drogar.

»Mientras, el primer ministro, autonombrado con falsa humildad el Primer Servidor, se convertía en un ser recto y justiciero, que atendía las demandas de los ciudadanos. Un día, por tanto, la gente se hubiera cansado de los crímenes de Ophyria y habría pedido su destitución, con lo que él se hubiera convertido en Megaduque sin oposición alguna.

—Su fantasía es desbordante, amigo —rio Yildon—. ¿Cómo podría probar todo cuanto ha dicho?

—Para mí es suficiente —gritó Ophyria—. He recobrado la razón y me avergüenzo de lo que he hecho.

—Ahora, después de tantos crímenes… —dijo Yildon despectivamente.

—Aguarde, no he terminado aún la relación —exclamó Fran—. Hemos de hablar de su contubernio con Khazhan, a quien permitió robar la estación sideral perteneciente a Zina de Kyx, de parte de cuyos beneficios disfrutaba usted a cambio de su silencio. También podemos

hablar de mi condena, debida a un juicio injusto, en el que dos testigos declararon falsamente. Uno de ellos murió para que no hablase. Se llamaba Caetus Mikor. El otro ha desaparecido y tal vez está muerto. A usted le interesaban enormemente mi nave y el cargamento, y no podía obtenerlos por medios ordinarios. Entonces, ideó la trama de los celos del capitán Rxóxil y yo fui a parar a Than-Bisson. La señora Rxóxil murió también para que no hablase, con lo que el caso quedaba cerrado, pero no contó que yo conseguiría escapar de la prisión sideral.

—Siga, siga, por favor —pidió Yildon con fingido buen humor—. Es un relato apasionante, aunque, por supuesto, sin pruebas de ninguna clase.

Fran puso encima de la mesa un documento.

—Este es el resultado del análisis del vino que tomaba Ophyria, realizado por un químico honesto. El que no era honesto, Aki-Tsuso, murió asesinado para que no hablase, repito. Pero si cree que miento, ¿Por qué no toma una copa de vino?

Yildon guardó silencio. Fran destapó el frasco, llenó una copa y se la ofreció al primer ministro.

—Beba —dijo—. Vacíe la copa. Dentro de diez minutos, sus oficiales podrán darle cualquier orden, incluso la de lanzarse desde lo alto de la terraza. Usted se arrojará al vacío sin titubear. ¡Beba!

Yildon retrocedió. Su rostro era una máscara de odio infinito.

—Beba, Omur —exclamó Ophyria.

Hubo un instante de silencio. En la terraza, ocultos tras unos arbustos, Zina y Rydor contemplaban la escena.

De pronto, se oyó un crujido en las inmediaciones. Rydor, curioso, se acercó a la balaustrada.

Un hombre trepaba por las enredaderas. Llegó al pie de la balaustrada, asomó los ojos y sacó una pistola.

Rydor lo vio a tiempo. De pronto, se inclinó hacia adelante. Agarró al hombre por los pelos y tiró hacia afuera, abriendo los dedos un instante después.

Se oyó un espeluznante alarido. Un cuerpo humano bajó velozmente, por los aires, volteando de modo aparatoso, hasta estrellarse contra el suelo.

CAPÍTULO XIII

Hubo un cierto revuelo en la sala. Rydor se acercó a la entrada.

—Había un hombre que quería asesinarte, Fran —dijo.

—Rydor lo ha lanzado al vacío —añadió Zina.

Fran miró a Yildon, cuyo rostro aparecía ahora cubierto de gruesas gotas de sudor. Alguien lanzó un grito en el jardín.

—Entérate de lo que dicen, Rydor —ordenó.

El joven corrió hacia la terraza. Se asomó un instante, escuchó a los guardias y volvió de nuevo a la sala.

—El asesino se llamaba Tixl Hanon —informó.

Fran sonrió.

—El segundo testigo —dijo.

—Yo no he dado orden…

Yildon no pudo seguir hablando. Fran le interrumpió:

—Es probable que, al menos en esta ocasión, no diera orden de matarme. Pero Mikor está muerto, tal vez porque amenazó con hablar y a usted no le convenía. Quizá Hanon, más ambicioso, pensaba prosperar a su lado y por ello trató de actuar por su cuenta. Como sea, ya ha pagado su felonía.

Yildon se enderezó.

—Está bien —dijo—. Usted me ha acusado de una serie de hechos que no han sido probados de un modo concluyente…

—Para mí, están más que probados —intervino Ophyria con vehemencia—. Y ya lo dije antes: tú no eres mi primer ministro.

—Tengo derecho a un juicio —exclamó Yildon con arrogancia—. Además, solicito el juicio exculpatorio.

Fran entornó los ojos.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó.

—¿Un duelo a muerte? —dijo Ophyria.

—Sí —confirmó Yildon.

Hubo un momento de silencio. Zina se puso una mano en el pecho. Su corazón latía aceleradamente.

—Tengo derecho a ese juicio exculpatorio, según la ley de Hulthan —insistió Yildon—. Y puesto que soy el acusado, me reservo también el derecho de elegir el lugar y las armas con las que he de enfrentarme a mi acusador, a menos que éste retire sus cargos.

—No retiro ni una sola palabra de cuanto he dicho —exclamó Fran.

—En tal caso, nos batiremos sobre un cable, en la chimenea de la Segunda Torre del Fuego Infinito, con espadas.

De nuevo sobrevino el silencio.

Zina estaba atónita. ¿Iba a aceptar Fran tomar parte en un duelo con tan escasas posibilidades de sobrevivir?

—Hace decenas de años que no se celebra un duelo semejante —alegó Ophyria impetuosamente.

—La ley me asiste —dijo Yildon—. Y tú, como Megaduquesa, no puedes evitarlo, a menos que el acusador se retracte ahora mismo y me repongas en el cargo del que me has destituido. Al acusarme, Fran Villord se ha convertido en tu defensor y tiene la obligación de sostener sus alegatos en el duelo. O bien puede retractarse, pero, entonces, tú quedarías malparada en tu honor y en tu prestigio. ¿No dices que te he drogado y que todas las muertes de tus enamorados han sido porque yo influí en tu mente? Ahora es la ocasión de demostrarlo, creo.

—No quiero que nadie corra un riesgo semejante por mí —dijo Ophyria, tras una ligera vacilación.

Rybor dio un paso hacia adelante.

—Yo me batiré en duelo con ese traidor —exclamó—. Señora, déjame que defienda tu honor…

—¡Un momento! —intervino Fran—. Parece que aquí se olvida que el acusador soy yo y que tanto el honor de Su Grandeza como mis intereses particulares han sido ofendidos y dañados por Yildon. Por tanto, si alguien ha de batirse, lo haré yo.

Yildon extendió una mano.

—Será un juicio inapelable —dijo—. La muerte para el que pierda, pero, además, Ophyria será depuesta de su cargo y yo reclamaré el puesto y su título, si gano.

—Ah, ya se considera vencedor —rio Fran.

El Primer Servidor se inclinó profundamente.

—No cabe la menor duda de cuál de los dos va a ganar el combate —dijo.

Y ya se disponía a retirarse, cuando Fran alzó la mano.

—Espera un momento —tuteó al traidor.

Yildon alzó una ceja picuda, con gesto interrogante.

—¿Tienes algo más que decir? —preguntó.

—Sí. El duelo será público y aquel que no pueda presenciarlo personalmente, lo verá por las pantallas de televisión. Además, en los prolegómenos, un heraldo voceará mi acusación, para que todo el mundo conozca al detalle los motivos del duelo. Naturalmente, también se harán públicas las condiciones del duelo y lo que ocurrirá después de que se haya celebrado, cualquiera que sea el vencedor.

Yildon hizo una mueca. Era evidente que la propuesta de Fran no le agradaba en absoluto, pero no le quedaba otro remedio que aceptar aquellas condiciones, dado que él había sido el retador.

—¿Y bien? —dijo Fran, en vista del silencio de su antagonista.

Yildon sacó el pecho. Era un hombre alto, robusto, todavía joven. Los diez años de diferencia de edad, superior a la de Fran, no representarían para él una desventaja considerable, teniendo en cuenta que, probablemente, estaba muy entrenado en el manejo de la espada.

—Acepto todas las condiciones —dijo rotundamente.

* * *

Zina corrió hacia Fran, apenas Yildon hubo salido de la estancia y le miró ansiosamente.

—Vas a correr un riesgo terrible —dijo.

—¿Más que en la chimenea de Than-Bisson? —sonrió él.

Ophyria dio un paso hacia el terrestre.

—¿Sabes la forma en que se celebra un duelo semejante? —preguntó.

—No —contestó Fran—. Explícamelo, te lo ruego.

—La chimenea de la Segunda Torre es bastante más ancha que la del planeta Than-Bisson, aunque su profundidad es la misma, aproximadamente. Para que los contendientes puedan mantener el equilibrio, se les sujeta una pértiga a la cintura, por medio de un arnés especial, que se puede soltar en el acto, si así se desea. Además de la espada, cada contendiente lleva un puñal…

—¿Eso es todo? —sonrió Fran.

—La pértiga permite mantener el equilibrio mientras se pelea, pero no cuando uno de los contendientes resulta herido. O si su adversario se tira a fondo contra la hebilla y presiona en ella con la punta de la espada. El resorte de apertura es automático, por presión. ¿Comprendes lo que quiero decirte?

—Sí, desde luego. Pero me batiré.

—Fran, no tienes experiencia…

El joven se volvió hacia Ophyria.

—Después del reto, ¿cuánto tiempo se tarda en el duelo?

—Siete días. Los preparativos no permiten invertir menos tiempo, aparte de que es preciso permitir que los contendientes se entrenen.

—Fran, tú no sabes manejar la espada —gimió Zina.

—Debieras haberme permitido pelear en tu sitio —gruñó Rybor.

—He viajado mucho por la Galaxia. Mi vida ha sido siempre azarosa y llena de riesgos. He podido aprender bastante de todo… pero hay algo que no podría dejar en manos de otro. Me refiero a la venganza por la muerte de Jim Bwitt —contestó Fran ceñudamente.

—Está bien —dijo Rybor—. Si me lo permites, yo seré tu entrenador. No soy un espadachín de primera clase, pero en Urth Btor he sostenido algunos duelos y siempre he vencido. Claro que fueron duelos incruentos, con botones en la punta de la espada…

Fran sonrió, a la vez que palmeaba los hombros del joven.

—Acepto tu oferta —contestó.

Rybor se volvió luego hacia Ophyria.

—Quiero ayudar a que tu nombre quede limpio de toda mancha —dijo.

Ella le tendió una mano, a la vez que le sonreía dulcemente.

—Consuela encontrar algo más que interés material y apego a los honores y prebendas —dijo.

Fran ocultó una sonrisa. Rybor era muy apuesto. ¿Por qué no podía la bella Ophyria encontrar de nuevo su felicidad?

* * *

La noticia del duelo se expandió rápidamente.

—No se habla de otra cosa —dijo Rado aquella misma noche—. Ya he enviado a Ptaria VII a por un cargamento completo de televisores. Además, he apostado mil «áureos» por ti, Fran.

—¿Cómo están las apuestas, E? —preguntó el joven, sonriendo.

Rado meneó la cabeza.

—Te seré sincero. Los corredores te conceden muy pocas probabilidades. De momento, la cosa ha empezado cuatro a uno, pero me temo que bajará más todavía.

Fran sacó doscientos «áureos».

—Es casi todo lo que me queda —dijo—. Apuéstalos a mi favor, como si fuesen tuyos.

—Está bien. Un consejo, Fran.

—Dime, E.

—No te fíes de Yildon. Además de ser un hábil esgrimidor, es también un tipo rastrero y taimado. Antes de que dé comienzo el duelo, haz que se revisen minuciosamente las armas. Y, sobre todo, las hebillas del cinturón para la pértiga. Ese tipo es capaz de todo, ¿comprendes?

—Tendré en cuenta tu consejo. Gracias, E.

Al día siguiente, muy de mañana, Fran y Rybor salieron de la ciudad en un aeromóvil alquilado, en el que llevaban los pertrechos necesarios para el entrenamiento. A sesenta kilómetros encontraron el lugar adecuado, en una zona desértica y pedregosa.

El cable, de fibra vegetal, idéntico al que se emplearía en el duelo, quedó tendido entre dos rocas, separado del suelo por una distancia de unos cinco metros. No obstante en el punto central y a fin de evitar un golpe inoportuno en una caída accidental, Fran instaló una gran lona con muelles, situada bajo el punto central de la soga.

Luego aprendió a colocarse el arnés con la pértiga. La hebilla, efectivamente, cerraba y abría de modo automático. La pértiga, pesada y larga, permitía mantener el equilibrio sin apenas dificultad.

Rybor le indicó la conveniencia de usar un calzado liviano, lo suficientemente recio para evitar daño a las plantas de los pies por el roce con la soga, pero de suela delgada, para efectuar un buen contacto. Fran encontró que se mantenía bastante bien con la pértiga, si bien su peso le embarazaba para el manejo de la espada.

Pero en pocos días adquirió soltura y llegó al convencimiento de que podía vencer. No obstante, las recomendaciones de Rado martilleaban su mente a cada momento. Estaba seguro de que Yildon iba a tenderle una trampa. ¿Qué truco pensaba emplear?, se preguntó.

En cuanto a las apuestas, era algo descorazonador. Día a día, bajaba su cotización.

La víspera del duelo, Rado dijo:

—Ojalá ganes. Así me haré rico, Fran.

—¿De veras? ¿Cómo está el asunto ahora, E?

—¿No te asustarás si te lo digo?

—No —rio el joven—. He oído cosas peores…

—Cincuenta y nueve a uno, Fran.

Se oyó un silbido.

—De modo que, por mis doscientos «áureos», yo cobraré…

—Once mil ochocientos, Fran —contestó Rado instantáneamente.

—Está bien, así recuperaré todo lo que he gastado en estos últimos meses —dijo Fran con acento reposado.

Rado elevó sus ojos al cielo.

—De este duelo, cualquiera que sea su resultado, se hablará durante muchos años en Hulthania —murmuró.

CAPÍTULO XIV

El calor era muy fuerte en el interior de la chimenea, situada a doscientos cincuenta kilómetros de Hulthania. Sólo unos pocos privilegiados tendrían acceso directo al lugar donde se iba a celebrar el duelo. Los demás tendrían que contentarse con verlo a través de la televisión, pero había cámaras de sobra para poder tomar el combate desde todos los ángulos imaginables.

En torno al pozo, en cuyo fondo hervía el magma, había una especie de plataforma anular, de unos veinte metros de anchura. También se habían instalado focos, a fin de permitir que los contendientes gozaran de una mejor iluminación.

Rybor, como una especie de padrino de Fran, se ocupaba de revisar las armas y los cinturones, junto con los asistentes de Yildon. El Primer Servidor reía y bromeaba con sus seguidores, como si todo aquello no fuese un juego mortal, del que sólo uno de los dos contendientes podría salir con vida.

Siguiendo las indicaciones de Rybor, Fran se había ataviado solamente con unos pantalones cortos, elásticos y ajustados, y las sandalias. Yildon también pelearía con el torso desnudo, aunque sus pantalones eran enteros, enfundados a partir de las rodillas en unas botas altas de cuero o material parecido, aparentemente muy sólido.

De repente, Fran vio una cara conocida entre los dos centenares de espectadores que habían sido admitidos en el teatro del duelo.

Haii Tack emitió una risita de conejo.

—¿Tú aquí? —dijo Fran, extrañado.

Tack palmeó su cámara.

—He conseguido un pase para filmar independientemente el duelo —contestó—. Tuve que pedir un préstamo y… Estoy empeñado hasta las cejas; si pierde, tendré que contratarme como esclavo para cinco

años.

Fran arqueó las cejas.

—¿Has apostado por mí? —preguntó.

—Siempre me cayó usted simpático, y no lo digo por adularle. Yo estaba con los Rxómini por… Bueno, la vida no se porta igual con todos, pero estaba deseando largarme de la banda. Francamente, me alegré de que los dejara con un palmo de narices y también de que los liquidara en Hulthania.

—Gracias, Haii.

—No me las dé. Tengo invertidos en usted dos mil quinientos «áureos» y las apuestas han subido a sesenta y cuatro a uno. Yo sé por qué. —Tack bajó la voz de repente—. En el mundo en que me muevo, se oyen muchas cosas, capitán. Ese tipo le prepara una mala pasada. Me gustaría poder decirle cuál, pero no lo he averiguado todo. Las botas, eso es cuanto sé.

Fran se fijó de nuevo en el calzado de Yildon. ¿Por qué usar unas botas de suela tan recia, para pelear encima de una soga que no tenía más de cinco centímetros de grosor?

Tack le palmeó la espalda.

—Suerte —murmuró.

—Gracias —dijo el joven.

De pronto, el heraldo llamó a los contendientes.

Ophyria, con un sencillo vestido, largo hasta los pies, presidía la ceremonia. Zina estaba a su lado.

El heraldo ante los micrófonos, leyó la acusación. Decenas de miles de personas, en Hulthania, en la ciudad primitiva y en la de los proscritos, se agolpaban ante los televisores, que en color y con una sorprendente definición de imágenes, reproducían todos los detalles con absoluta meticulosidad.

De cuando en cuando, alguna de las cámaras enfocaba el magma que hervía a más de seiscientos metros de profundidad. El diámetro del lago de materia en fusión no era inferior a los cuatrocientos metros.

Rybor miró más de una vez hacia abajo. Aquella enorme cantidad de energía, tontamente desaprovechada, pensó.

El heraldo llamó de pronto a los contendientes, una vez leída la acusación y las condiciones del duelo. Cada uno se situó en su sitio.

Fran tenía la espada en la mano, larga de más de un metro. El puñal, de unos cuarenta centímetros, delgado y afiladísimo, estaba en una funda situada hacia el lado derecho.

Yildon se situó en su puesto. Sonreía desdeñosamente. Fran adivinó su seguridad en el triunfo.

«¿Cuál es su carta oculta?», se preguntó.

Pero no tendría modo de saberlo hasta que la enseñase.

De pronto, el heraldo lanzó una voz clamorosa:

—¡Por la razón, la verdad y la justicia, empiece el duelo!

Zina se llevó las dos manos al pecho. El corazón le latía tumultuosamente. Sentíase a punto de desfallecer.

Ophyria permanecía rígida, inmóvil. En su mente había una idea fija. Cualquiera que fuese el resultado del duelo, si Yildon ganaba, no viviría para saborear su triunfo. Tenía medios para conseguirlo y nadie sino ella lo sabía.

Rybor adelantó el busto instintivamente, al ver que el pie derecho de Fran se posaba sobre la maroma tendida de lado a lado, en una distancia de más de sesenta metros.

* * *

Fran avanzó paso a paso, afirmando bien los pies en la maroma. La pértiga, por otra parte, permitía un relativamente fácil equilibrio. El entrenamiento de los días precedentes no había sido una vana pérdida de tiempo.

Su tensión era excesiva, se dijo de pronto, cuando ya había avanzado unos quince metros. En cambio, Yildon parecía tranquilo y sereno, además de burlón. Había una marca en el centro de la maroma, que no podía ser rebasada por ninguno de los dos combatientes, hasta que empezase el duelo. Yildon llegó primero a un metro de la marca.

—Vamos, ¿qué te sucede? ¿Tienes miedo? —se burló del terrestre.

—¿Cuánto has apostado en ti mismo? —preguntó Fran.

Yildon se sorprendió de la pregunta.

—Yo no acostumbro a jugar…

—Te equivocas: has apostado algo más valioso que unos miles de «áureos» o que tu propio cargo: has apostado tu propia vida.

Fran se situó a la distancia conveniente. Yildon se tiró a fondo súbitamente. Fran, sin embargo, pudo esquivar, pero se balanceó peligrosamente.

Zina sintió unos vivísimos deseos de chillar, pero se contuvo. Reinaba un silencio sepulcral en el lugar, solar mente interrumpido por el metálico chasquido de las espadas. La joven se dijo que una sola voz

podía resultar fatal para Fran, al romper su concentración mental.

Yildon atacó por dos veces, siendo rechazado con cierta energía. Fran sudaba. El calor que subía de la chimenea era enorme. Aquella pelea era muy diferente de los entrenamientos.

Yildon se dio cuenta de que flaqueaba y atacó de firme. De súbito, fintó un golpe a la cabeza. Fran elevó la espada, pero su cintura quedó al descubierto.

La espada del Primer Servidor centelleó. Fue una estocada imparable. De no haber sido por la hebilla del cinturón de la pértiga, Fran habría sido traspasado de parte a parte.

La hebilla chasqueó. Al mismo tiempo, Yildon dio un salto de más de un metro en el aire y volvió a caer sobre la maroma, que osciló con fuerza.

Se oyó un leve chasquido. Sin la pértiga, Fran se tambaleó y empezó a caer. Esta vez, Zina no se pudo contener y chilló.

En el último instante y merced a una violentísima contorsión, Fran logró suspenderse con ambas manos de la maroma. Al mismo tiempo vio que su adversario daba una vuelta completa sobre sí mismo, pero quedaba suspendido inexplicablemente con la cabeza hacia abajo.

A pesar de la postura, Yildon tiró una furiosa estocada a su antagonista. El brazo izquierdo de Fran se tiñó de rojo.

Estaba suspendido por las dos manos de la maroma, mientras Yildon pendía con toda seguridad cabeza abajo, lo que no le impedía manejar la espada. Otro tajo abrió un largo corte en el muslo izquierdo del joven.

Ningún espectador se dio cuenta de ello. Ophyria metió la mano en el interior de su túnica y empuñó la pistola termonuclear que había llevado consigo, sin comunicarlo a nadie.

Pero no tuvo tiempo de utilizarla. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Fran consiguió sacar el puñal, quedando suspendido en el ardiente espacio con una sola mano. Yildon lo vio y arreció en sus ataques, pero la misma postura le ponía en dificultades para manejar cómodamente la espada.

Fran estaba ahora colgado solamente por el brazo izquierdo, precisamente el herido. Apretó los labios y empezó a cortar la maroma. El filo del puñal facilitó considerablemente la tarea.

Ophyria lo vio y dejó la pistola bajo sus ropajes. Yildon, de repente, lanzó un agudísimo chillido de terror:

—¡No cortes, no cortes!

Era ya tarde. Aunque parte de las fibras seguían todavía intactas, el peso de los dos hombres acabó por romper la soga.

Fran soltó el puñal y se agarró con ambas manos a la cuerda. En el aire, volteó, contorsionándose, para detener con los pies el impacto de su cuerpo contra la pared de la chimenea.

Yildon exhaló un espantoso alarido. También, como un péndulo, osciló en el aire describiendo una amplia curva, hasta estrellarse contra el muro de roca. Sus pies resbalaron de la maroma y empezó a caer hacia el hirviente abismo.

Las cámaras registraron su caída con todo detalle. El «zoom» siguió su cuerpo, hasta el momento del choque contra el magma hirviente. Una llama surgió de pronto, duró un par de segundos y luego se apagó.

Media docena de brazos izaron el otro trozo de la maroma. Fran fue elevado hasta la plataforma. Zina se precipitó hacia él, con la cara mojada por las lágrimas.

Rybor llamó a un médico. Era preciso restañar la sangre que brotaba de las heridas del terrestre. Mientras, Ophyria, tras haber enfundado nuevamente la pistola, hacía una seña al heraldo.

—Proclama el resultado del combate —ordenó—. Proclama también la felonía de Yildon y mi inocencia y la de mi defensor.

El heraldo se inclinó.

—Es justo y razonable, señora —contestó.

La celulina hemostática y anestésica obró milagros. Fran abrió los ojos y sonrió.

—Anda por ahí un tipo llamado Tack. Llámenlo —dijo.

Todos se sorprendieron de la petición. Tack apareció a los pocos instantes.

—Felicidades, capitán —dijo.

—Gracias —contestó Fran—. Haii, tenías razón. El truco estaba en las botas.

—Sí. Lo vi cuando dio el salto. Debían de estar preparadas especialmente, para un peso determinado, que se producía al caer, en el momento del impacto. Entonces, dos anillas se desplegaron automáticamente, por mitades, y se unieron para abrazar la maroma, con lo que evitaba la caída.

—Pero no le evitó quedar boca abajo.

—No. Y el diámetro interior de las anillas debía de ser ligeramente superior al de la maroma. Mientras ésta permaneciese intacta, Yildon quedaría sostenido por las anillas. Cuando la soga se rompió, las anillas

resbalaron, lógicamente.

Fran asintió.

—Gracias, Haii.

—Capitán, su victoria me ha hecho rico. Voy a cobrar mis apuestas. Ganaré ciento cincuenta y siete mil «áureos», sin contar con los beneficios que me dará la película.

Tack se marchó. Unos porteadores entraron con una camilla.

Ophyria se acercó al terrestre.

—¿Puedo concederte algo? Pide y lo tendrás —dijo.

—Has hecho que se proclamase mi inocencia. Solamente me basta recuperar la astronave que me confiscaron. Con eso tengo más que suficiente.

Ophyria miró a Zina, todavía arrodillada junto a Fran.

—Asistiré a vuestra boda —sonrió—. Rybor, ¿quieres acompañarme?

—Tú me mandas, Ophyria —contestó el hombre de Urth-Btor.

Fran miró a la joven.

—Ya has oído a la Megaduquesa —dijo.

De pronto, Zina se puso en pie.

—No estoy muy segura de casarme contigo —dijo.

Y se marchó precipitadamente.

* * *

Fran convalecía en la terraza, tendido sobre una cómoda hamaca. Rybor estaba a su lado.

—Tengo grandes proyectos —dijo—. El fuego de esa chimenea es algo que no se puede desperdiciar. Puede proporcionar una cantidad de energía incalculable, créeme, lo suficiente para abastecer sin límites a una población de un millón de habitantes. Es calor, ¿comprendes?, calor natural e inagotable. Se puede construir un acueducto, cuyo flujo se graduará adecuadamente. Luego, tapando herméticamente todas las bocas de la chimenea, se producirá vapor de agua a presión. El vapor de agua moverá las turbinas y…

—¿Le has explicado eso a Ophyria? —sonrió Fran, al ver el entusiasmo de Rybor.

—Sí, y está de acuerdo conmigo. Fran, a mí no me importa lo que haya podido hacer mientras estaba drogada por aquel traidor…

—Todo fue tramado por Yildon. Además, fueron menos de los que se

decía. Y, prácticamente todos, pertenecían al grupo que se oponía a su política y quería seguir la de Hardikus. Rybor, Ophyria no es culpable de nada.

—Lo sé, Fran.

—Entonces, díselo a ella.

Rybor volvió la cabeza. Ophyria, radiante de belleza, avanzaba hacia los dos hombres.

—Mis guardias van a rodear la ciudad de los proscritos —anunció—. El crimen y el vicio se van a desterrar de Hulthan. No pretendo instaurar una vida puritana, pero sí quiero evitar que este planeta se convierta en refugio de forajidos, piratas y asesinos. Los demás planetas de la federación enviarán fuerzas para colaborar en esta labor de limpieza.

—Una excelente decisión —aprobó Fran—. Por otra parte, Rybor me ha hablado de ciertos proyectos…

Los ojos de Ophyria fueron hacia el hombre de Urth-Btor. Extendió su mano.

—Ven, Rybor, vamos a dar un paseo —invitó seductoramente.

Fran se quedó solo. Empezó a pensar en Zina de Kyx.

Zina había vuelto a *La Sirena Cósmica*. Aquella decisión no le agradaba en absoluto.

* * *

El astronauta estacionó su cohete en las inmediaciones del satélite de aprovisionamiento y, por las esclusas correspondientes, pasó al interior.

Buscó la sala de juego. Zina, más hermosa que nunca, sofisticadamente peinada, presidía una mesa en la que se jugaba a los dados de doce caras. Ganaba el que sacaba el uno y el doce simultáneamente.

Fran se abrió paso entre los jugadores. Rodaron los dados.

—Cinco y nueve —anunció Zina—. La media son siete. Siete para el jugador, siete para la casa.

Fran se apoderó de los dados. Ella le miró con sorpresa primero, luego casi con temor.

—Voy a hacer una apuesta muy valiosa —dijo él.

—La casa acepta todo género de apuestas. El límite es el cielo.

—Yo soy un poco más modesto. Apuesto una astronave comercial contra una estación sideral de aprovisionamiento.

—Todo o nada, ¿eh?

—Olvidé un detalle. En la apuesta se incluye también a los dueños de los negocios.

Zina sonrió ligeramente.

—Tira los dados —invitó.

Fran agitó la mano. Rodaron los dados.

—¡Uno y doce! —gritaron varios.

Zina se puso en pie.

—Has ganado —dijo.

Y abandonó la mesa de juego. Fran se la llevó a un reservado y la abrazó con fuerza.

—¿Por qué te marchaste de mí? —preguntó.

—Ya conoces el precio que tuve que pagar por…

Fran la besó de nuevo.

—Aquello pertenece al pasado, querida —dijo.

Zina estaba pegada al joven. De pronto, notó algo raro en el costado izquierdo.

—¿Qué es eso? —preguntó. Y, llena de curiosidad, palpó el bolsillo superior de la chaquetilla del joven—. ¡Unos dados! —gritó.

Fran se echó a reír.

—He hecho trampa —admitió.

—¡Bandido! Me has…

Zina se calló. Fran la besaba de nuevo y no la permitía hablar.

—¿Te importa la trampa? —preguntó él, poco después.

Zina ronroneó como una gata.

—Voy a confesarte una cosa, Fran —dijo.

—Sí, querida.

—Yo también tenía unos dados preparados. Habría perdido, por baja que hubiese resultado tu marca.

Fran se echó a reír. Sentíase satisfecho. Ya no eran unos proscritos en la Galaxia.

FIN

la conquista del ESPACIO

Una ventana abierta al futuro gracias al talento de unos autores de excepcional calidad

LA MEJOR COLECCION POPULAR DE "CIENCIA-FICCION"

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.